

BROCHA GORDA (Julio Lucas Jaimes)

La Villa Imperial de Potosí

Selección





BIBLIOTECA DIGITAL
TEXTOS SOBRE BOLIVIA
ELVIRREINATO DEL PERÚ
FICHA DEL TEXTO

Número de identificación del texto en clasificación filosofía: 2644

Número del texto en clasificación por autores: 15308

Título del libro: La Villa Imperial de Potosí. Su historia anecdótica. Sus tradiciones y leyendas fantásticas. Su grandeza u opulencia fabulosas

Autor (es): Julio Lucas Jaimes (Brocha Gorda)

Editor: Editorial Universitaria de Buenos Aires

Derechos de autor: Dominio Público

Año: 1964

Ciudad y País: Buenos Aires – Argentina

Número total de páginas: 98

Fuente: Digitalizado por la Fundación

Temática: Virreinato del Perú. Textos sobre la Audiencia y Cancillería Real de La Plata de los Charcas

LA VILLA IMPERIAL DE POTOSI

Serie del Nuevo Mundo

Brocha Gorda

Julio Lucas Jaimes

**LA VILLA IMPERIAL
DE POTOSÍ**

(Selección)



EDITORIAL UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES

Presentación por
AUGUSTO GUZMAN

© 1964

EDITORIAL UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES - Florida 656

Fundada por la Universidad de Buenos Aires

Hecho el depósito de ley

IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

**JULIO LUCAS JAIMES,
TRADICIONISTA DE POTOSÍ**

LA CIUDAD, EL LIBRO Y EL HOMBRE

Uno de los veneros más copiosos de la literatura colonial sudamericana, en relación con la vida y las costumbres de los centros urbanos fundados y desarrollados por los españoles, es la tradición, hilo de oro de las generaciones.

En el caso de Potosí este hilo de generaciones, con quilates de oro y aleación de fantasía, forma parte sustanciosa e inseparable de su historia. Potosí, en un momento del siglo XVII, tuvo su esplendor vibrante y fugaz. Al expirar ese siglo dorado disminuye bruscamente su importancia económica y demográfica, de acuerdo a la menor producción de las fabulosas minas de plata. La ciudad soportó, por entonces, tantas calamidades que se despobló de indios, es decir, de trabajadores.

Durante la dominación española la sociedad colonial potosina, de espíritu caballeresco, vivió una vida dramática transida de angustia a causa de las rivalidades sangrientas de las nacionalidades peninsulares que luchaban entre ellas fieramente sin dejar de luchar por eso con las generaciones de criollos y mestizos en proceso de crecimiento.

Hay en el apogeo de Potosí un fondo de aventura bravía que se desata lo mismo en lances ocasionales por quítame allá esas pajas o en contiendas de bandos que empeñan el pellejo, al primer encuentro, como anestesiados ante el dolor y la muerte. Es la sicología caballeresca de fondo místico, sentimental e idealista y sin embargo hedonista a su modo. Esa sociedad se comporta entre la seducción de los placeres terrestres y la lección medioeval de las contemplaciones santificantes. La crónica está llena de escándalos mundanos como de enmien-

das edificantes. La galantería pendenciera con capu y espada se une asimismo a la valentía sectaria de los bandos ambiciosos de hegemonía excluyente.

Una vida tan rica por su variedad y su violencia dinámica es natural que sirviese de hontanar literario al relato tradicionalista propio de la época. Podríamos arreglar una erudita enumeración de nunca acabar con escritores inspirados en la crónica colonial de Potosí. Solamente citaremos a los más prestigiosos en el género por su mayor dedicación. El argentino Vicente G. Quesada, el peruano Ricardo Palma y los bolivianos Julio Lucas Jaimes, Modesto Omiste y José Manuel Aponte. En forma significativa cultivaron también, graciosamente y al paso, temas de la Villa Imperial los escritores Juana Manuela Gorriti, Benjamín Vicuña Mackenna, Nataniel Aguirre y Julio César Valdés, sin contar escritores de las promociones novecentistas tentados de evocación tradicionalista.

La fuente en que bebieron, copiosamente unos y sobriamente otros, es la del analista e historiador de Potosí Nicolás de Martínez Arzanz y Vela, conocido antes como Bartolomé Martínez y Vela o Bartolomé Arzanz Sánchez y Vela. Sobre la identificación de este autor hay todo un enredo de paleógrafos que libran todavía, según parece, una batalla de códigos y caligrafías para descubrir la autenticidad del misterioso cronista. Una organización internacional profundiza actualmente la investigación de los anales del Potosí colonial. Promesa segura de que esa fuente ha de ser más clara, más grande y más profunda de lo que hasta ahora ha sido.

La Editorial Universitaria de Buenos Aires publica ahora una agradable y proporcionada selección de las tradiciones de Julio Lucas Jaimes cuya vida literaria, siendo sustancialmente boliviana, se proyectó con ensayos juveniles en Lima y con madurez vendimial en Buenos Aires. El libro de las tradiciones es La Villa Imperial de Potosí. Vale mucho por la seductora variedad de asuntos episódicos de la opulenta ciudad de plata que despertó la ambición y la aventura del oro, símbolo mágico de todos los dominios humanos, cifra del bien y del mal.

Esta aventura del oro como posibilidad teórica y práctica, como ensueño y empresa, resultó derecho exclusivo de peninsulares y solo por acaso de contados criollos. Los nativos, por lo contrario, en relación con las minas nunca pudieron pensar en términos

de plata o de oro, como señal de prosperidad, sino que entregaban sus vidas al dolor, a la miseria y a la muerte, con una humildad de bestias sojuzgadas en cuyos días tenebrosos pocas veces lograban encenderse el colérico fulgor de la rebeldía o de la desesperación.

En la bibliografía de Jaimes, que no incluye lo mucho que produjo como material disperso, *La Villa Imperial de Potosí* es su mejor obra porque en ella despliega el autor, con la libertad y disciplina del verdadero artista, sus talentos de narrador evocativo. Conocedor directo y perspicaz del medio en que suceden las ocurrencias episódicas, puede con un toque, con una pincelada de sus recuerdos, iluminar una situación confirmando al suceso la autenticidad que otros no pudieron lograr porque solo alcanzan a conocer la ciudad de Potosí en sus vigiliadas escritorias. Él en cambio vivió la urbe colonial casi intacta en su estancamiento republicano. Allí nació, allí pasó la infancia, la adolescencia curiosa y la juventud con vocación de letras.

El estilo de Jaimes es ligero y festivo sin exageración. No es por tanto un estilo propiamente picaresco a la española. El humor risueño imprime a su prosa un movimiento de frivolidad confidencial que descubre, sin embargo, un fondo entrañablemente tierno y sentimental. Es el amor al áspero terruño donde los campanarios coloniales voltean las campanas del recuerdo bajo un sol radiante que pone túnica de oro al cerro de plata. El autor tiene de poeta y de periodista, pues ejerció ambos oficios. Su prosa tradicionalista tiene por lo mismo tanta acuciosidad informativa como elegancia retórica. Cierta que las musas dejaron de soplarle con la madurez. Mas el sentimiento de la poesía, el gusto lírico, como pasa siempre con todos los escritores que alguna vez fueron poetas, entró como ingrediente en la prosa para comunicarle cadencia y flexibilidad. El castellano de Jaimes es castizo por lo general, con algunos toques criollistas cuando hay necesidad de ellos en las caracterizaciones de la narrativa. Entre los prosadores americanos de su tiempo se le considera uno de los más puristas. Es en suma un excelente escritor de su época, cuya exhumación editorial era necesaria precisamente con una selección del libro que mejor lo representa. Libro agotado y rarísimo desde hace medio siglo, pues

que la única edición de La Villa Imperial de Potosí data de 1905. Y se la hizo en Buenos Aires.

Una síntesis biográfica pudo haber comenzado estas líneas de presentación. Pero también puede terminarlas buenamente.

Julio Lucas Jaimes, conocido en la literatura y el periodismo sudamericano con el seudónimo de Brocha Gorda, nació en Potosí de Bolivia en 1845 y murió en Buenos Aires en 1914. Como esposo de la escritora peruana Doña Carolina Freyre, fue padre del notable poeta modernista Ricardo Jaimes Freyre.

Siendo muy joven, el gobierno impopular de Melgarejo lo invitó al cargo de cónsul en Tacna, que aceptó solamente a petición de los emigrados residentes en la costa peruana. Al caer ese gobierno en 1871, se trasladó a Lima con su familia, formada en Tacna, y se dio a conocer como hábil periodista y poeta humorístico. Un periódico festivo titulado La Broma tuvo por fundadores y redactores principales a él y a Ricardo Palma.

De regreso a su ciudad natal fue profesor de literatura y filosofía en el colegio Pichincha, donde se había educado. Ejerció el periodismo y fue elegido munícipe. Más tarde, a los 34 años, concurrió a la campaña del Pacífico de 1879. Cayó prisionero de los chilenos y fue internado en San Bernardo. Terminado su cautiverio en 1880, fue director de Estadística por ocho años, tiempo en que se hizo también autor teatral. En 1888 formó parte del parlamento legislativo como diputado por Potosí, sin dejar por eso sus actividades literarias, en las que la poesía, como recuerdo de juventud, cedió sus laureles a la prosa. Fenecido su mandato de cuatro años, el presidente Baptista en 1895 lo nombró encargado de negocios ante el gobierno del Brasil. Por causas no averiguadas, estando de viaje a la sede de sus funciones, prefirió quedarse en Buenos Aires, donde obtuvo plaza de redactor en el diario La Nación. Tenía 47 años. Estaba en la plenitud de sus facultades. Se hizo colaborador altamente estimado de diarios y revistas de Buenos Aires, Lima y algunas ciudades bolivianas. Enseñó estética y letras en el Colegio Nacional y en la Normal de Buenos Aires, su domicilio definitivo hasta la muerte, que le sucedió a los 69 años. Sus restos, repatriados en 1931, descansan en la catedral de Potosí.

AUGUSTO GUZMÁN

Cochabamba, junio de 1964.

DE LA CASA REAL DE MONEDA Y ASUNTOS CONCOMITANTES

De tal suerte demudadas
Estades reliquias tiernas,
Que no sé si estáis hablando
O si estáis del todo muertas.

(*Romancero*)

Habría de realizar un trabajo histórico anecdótico sobre el secular edificio potosino "La Casa de Moneda" célebre en los fastos coloniales del virreynato, más célebre aún en los de la magna lucha de la independencia y celeberrima en estos, de soberanía popular, estado ateo y matrimonio civil, felices tiempos. Empero, o me saldría corto para tal grandeza y menguado para un esplendor que es fabuloso, o habría de llenar un grueso infolio que no es para el ciclo que sobrellevamos, ni para tareas como las que he o tengo de ordinario, fugaces, ansiosas, colmadoras del tonel sin fondo que estampado sale con el sol matutino y dura menos que las flores en seco, marchitas ya antes del medio día, barridas luego en la tarde como las hojas de otoño por los de la indiferencia frescos vientos.

Mas probarélo, pues, según un letrado puesto sobre pico elevadísimo al borde de un torrente, "es peligroso el saltar a la orilla opuesta; pero nada se pierde en probarlo a no ser la vida". De más de esto, se sabe que, con buena voluntad, cualquiera tortuga es liebre y en no resultando el empeño, otro viene que lo prohija y da carnes y existen casos y no pocos, de engendros que fueron huevos de una gallina y pollos de otra.

Puesto, pues, en la arena, debo decir y digo que al término de veinte años de trabajo paciente, comenzado en 1753 y coronado en 1773, levantóse robusta y ancha aquella mole romana que tiene sola más sillería de piedra que muchas catedrales reunidas, llamándose a la sazón *Casa Real de Moneda*, que aún llamárase ogaño, si la democracia no hubiérale arrebatado lo de *Real*, celosa como novia en luna de miel, excediéndose en el amor al gobierno del pueblo por el pueblo, de ese mismo pueblo, que, no embargante, hoy lo paga y purga todo como antes y aun peor, mucho más que antes de ser soberano.

De aquella casa, pues, que fue del rey y ahora es de Roque, se han dicho cosas estupendas, a contar desde el gobernador don Juan del Pino Manrique en su memoria al virrey Marqués de Loreto 1787, hasta el poeta epitalámico y jaculatorio Bartolomé Meneses Viera 1791 y el grandilocuente orador republicano doctor don Casimiro Olañeta, especie de Demóstenes *mirabeauniano* que floreció en estos tiempos de popular sufragio, reemplazante del sufragio de las ánimas benditas: año de la república 25 y 3º de la tiranía del rumboso General Belzu, un verdadero Mahdí por su popularidad casi fanática y verdadero Malek-Adel por la belleza varonil del rostro y la gallarda apostura de su morisca, interesante persona.

Don Juan del Pino dijo de la Casa Real de Moneda que era una "maravilla de las Indias", lo que no es mucho decir con relación a las Indias únicamente; pero seguro de que el buen don Juan no conocía, ni tenía noticia de las otras maravillas, asombro del planeta, como diría Castelar, si para bien de la lengua y riqueza del léxico aún alentara...

No le fue en zaga el loador Meneses Viera que desde Oviedo cantaba lo que no había visto, diciendo:

Con robles del Paraguaye
Y encinas del Tucumane,
Se hizo, según es ley,
La casa Real, un primore
Sirviendo a nuestro Señore
El Rey.

Gustaban antaño los bardos de imprimir sabor de siglos viejos a sus coplas y cuidábase el de Meneses muy poco de *averiguare* si había encinas en *Tucumane* y si se podía *llevar* hasta Potosí los robles del *Paraguaye*.

El Dr. don Modesto Omiste de gratísima memoria en Potosí su cuna, que él ilustró con buenas obras y doctas escrituras, dice con acopio de documentos que la *tipa*, el *cedro*, el *soto*, el *nogal*, el *arrayán*, y el *algarrobillo*, fueron procedentes de los valles de Mataka y Pilcomayo, río abajo de los parajes llamados Pirguani y Pomabamba, y que las grandes vigas hasta de veinticinco varas de tamaño, las tijeras, las planchas, alfajías y maderamen de las techumbres fueron suministradas por don Matías de Haro y don Francisco Peñas de los valles de

Pilaya y Cinti. Ha salvado Omiste preciosos documentos y datos históricos, del olvido y debémosle los que de crónicas escribimos, la paciente obra de recogerlas y publicarlas todas como homenaje de él y nuestro a la tierra nativa, fecunda en las grandezas que portentosas inmortalizan su nombre en los tiempos y los siglos.

El Dr. Olañeta en la pintoresca exageración de su lenguaje revolucionario, socavando con la fuerza de su palabra el dominio de Belzú en Bolivia, llamó alguna vez la "Bastilla" a la inofensiva Casa Real, sin duda con el deseo de simbolizar el poder arbitrario que se encastilla en muros de granito, pues era de rigor que cuando las huestes alzadas contra el gobierno —lo que ocurría a la continua— merodeasen en las cercanías de Potosí en número superior a la guarnición corriente, se encerrasen en la Moneda los caudales, los archivos, los parques, los *gendarmes*, los inválidos del ejército, los jefes sueltos o con mando y todo el mundo de funcionarios de las listas civiles de prefecto abajo y hasta los operarios de fundición, de las máquinas, talladuras y troqueles, apercebidos para un largo sitio y para la cómoda defensa desde las guardillas y duenderas, bajo parapeto almenado. Quedábanse entonces los hogares sin más que las mujeres en quienes el hábito de tales faenas, había adiestrado lo conveniente para el enviar pertrechos, noticias, vituallas y golosinas frescas a los sitiados y burlar la vigilancia que los sitiadores establecían con destacamentos en las torres de los templos circundantes, que para ello los tiene Potosí en grande acopio y hermosa construcción arquitectónica. Cada casa que de suyo es fuerte por la piedra de sus sillares, tornábase en fortaleza sin defensores, pero asegurada contra invasiones por la sólida portada con doble fila de adobes *a posteriori*. Los pacíficos, los indiferentes, los temerosos de Dios, emigraban a los valles vecinos prudentemente, dejando en los conventos su tesoro de joyas, vajilla y preciosidades, como que no faltaban merodeos, entradas a saco y otros excesos peores de concupiscencia, propios de los tiempos en que se tomaba todo a sangre y fuego y los Atilas se multiplicaban, como ahora los microbios sobre la faz de la tierra pecadora, fermentado por eso llamado en el día el *medio ambiente* guerrero y conquistador a la sazón reinante.

Mas con todo, ni la robusta y bobalicona Casa Real de Santelices pudo ser nunca lo que el sombrío edificio, tumba de vivientes y ejemplo de terror, destruido por el pueblo de París al iniciarse la estupenda revolución que, mal grado ser regicida, iconoclasta y deicida, alzó en alto la luz de una nueva vida de derechos y libertades, desde inmensos lagos de sangre humana generosa y noble, ni Belzú era, no diremos un Rozas, ni aun siquiera uno de tantos caudillejos que en las provincias argentinas *enchalecaban*, *castraban* y degollaban unitarios como quien degüella, castra y descuartiza reses destinadas al comercio de tasajo y carnes congeladas. Exageraciones pintorescas del doctor Olañeta que cedía también al *medio ambiente* pomposo y magnificante de entonces, como cedió el Dr. don Juan de la Cruz Benavente, más tarde juzgando otra tiranía, la de Linares, del cual dijo aquel buen señor, que era tal la sangre que había derramado con sus fusilamientos y batallas que con ella podía llenarse una cisterna en donde pudiera balancearse cómodamente el Leviatán de los mares.

Y era Olañeta la inteligencia claro-vidente, poseedor de aquella luz, calor y colorido llamados elocuencia; pero también de cierto aticismo volteriano y zumbón que lo hacía temible en la polémica y capaz de formar de un rasgo, ya un carácter, ya una caricatura inolvidables. *Continuus animi motus*, que diría Cicerón.

Benavente era otra cosa; guapo cuando mozo y grato aun en la madurez, majestuoso en el hacer y en el decir, galano y gongorista, irreprochable en el traje y las maneras y gran cazador de frases hechas para efectos rápidos: "Para climas deficientes —decía hablando del suave, lubricante y lánguido clima limeño—, para climas deficientes vino de resultados".

¡Imaginaos cómo en Bolivia se andaba en aquel tiempo a vueltas con la Revolución Francesa y los tiranos, con los girondinos y la Marsellesa, ese himno del cisne que algunas víctimas de su propia obra cantaron al morir! En una de esas prisiones en masa que decretaba el tirano del día al descubrir cualquiera conjuración, que a veces remedaba muy seriamente el juramento de la Casa de Pelota, conducían al diputado Dr. Evaristo Valle, brillante orador, inteligencia cultivada y clara, verdadero prodigio de afluencia y de facundia, conducíalo un

soldado a cuestras porque las barras de pesados grillos le impedían caminar por sí solo, y tanto pudo en él la manía reinante, que a pesar del peligro de la vida, que lo había y serio, quiso darse el placer de una frase para la historia, exclamando: —¡Granadero! Ve a decir al tirano cuánto pesa un diputado liberal independiente!...

Otra vez desde la tribuna el espiritual y muy simpático filósofo y canonista Dr. don Pedro Zilveti, que lo mismo parafraseaba un salmo del rey poeta, que recitaba en dulcísima lengua quichua versos de sabor anacreóntico o tiernísimas endechas indias, gritaba a la barra del congreso que ahogaba su palabra: ¡Callaos! Calceteras de Robespierre: ¡Callaos!...

Así fue cómo en la revolución de Setiembre del año 57 contra el niño bobo, llamado general Córdoba, manso heredero de las odiosidades de Belzú, hecha desde un socavón de mina de Oruro por el intrépido reformador y apóstol Dr. José M. Linares, todo se hizo como en el 89 y 93 en Francia. Por poca aprensión no se cambió en Bolivia los nombres de los meses del año, los de las estaciones y los de los días de la semana y por muy poco no se les ocurrió destruir la Bastilla de Santelices. En cambio, todos se volvieron ciudadanos y ciudadanas, desde el ciudadano carnicero hasta la ciudadana nodriza y los ciudadanos indios o aborígenes a quienes, no obstante la igualdad, libertad, fraternidad y los derechos del hombre consagrados, se les hacía barrer cuarteles, llevar a cuestras cajones de fusiles y realizar obras de acémilas al son de himnos bélicos y discursos sobre la caída de los privilegios y clases acomodadas deprimentes de la dignidad humana. Los comisarios de policía gastaban faja tricolor y los sayones gorro rojo y los *gendarmes* tricorno. Llamaron Robespierre a un señor inteligente, astuto, conspirador y mal humorado siempre, nombrado el Dr. Vicenio, y llamaron Dantón a un buen sujeto, sin grandes empujes oratorios, aunque valeroso y viril, el Dr. Donato Vázquez y aun quedó bautizado para siempre con el nombre de ciudadano Marat, un viejo sabihondo, regañón volteriano, maldiciente y audaz, llamado don Fernando Valverde. Pero qué más, si hubo muchachas patriotas factoras de escarapelas para estímulo de

mancebos linfáticos, las cuales bautizaron, otrosí, al Dr. Valle con el curioso nombre, que les supo a mitología revolucionaria, de *Cisne de la Gironda* y obligaron a la juventud de aulas y los claustros a enrolarse en las filas de voluntarios, mientras se entonaba con fruncido entrecejo el *jallons enfants de la patrie!*... en los salones olientes a refinada aristocracia o a flamante burguesía...

Algunos exaltados fanáticos, intentaron hacer de la airosa Guadalupe, que era una guapa, limpia y bien contorneada *chola* revolucionaria, una diosa Razón; pero no llegaba tan lejos el olvido de las creencias viejas, ni el contagio francés había pasado de la epidermis, allí en donde no había entrado todavía el desnudo, ni en las artes del dibujo, ni aún en el primer cuadro del Génesis inocente.

De eso surgió la dictadura, de que andando el tiempo hablaremos con lengua anecdótica y veraz, no obstante saber que existe un interesante libro del talentoso potosino Dr. don Antonio Quijarro, sobre igual tema y pintaremos de relieve tres grandes figuras: Linares, Frías, Baptista, como es de nuestro uso y norma, con juicio leal, volviendo ahora a la Casa de Moneda que resistió el empuje de los bastillistas *sans-culottes*, como resiste impasible los apartes y episodios no del todo importunos, ni inútiles que introduzco en nuestra historia presente.

El corregidor de Potosí y superintendente de la Moneda, muy austero, temible y sucio don Ventura Santelices y Venero, fue quien dio comienzo a la obra de la actual casa en el mismo sitio que ocupaba la construida por el propio virrey don Francisco de Toledo que era obrero señor, como que echó los cimientos de la vieja iglesia Matriz y de las cajas Reales y Banco de Rescates de plata piña en la villa imperial.

Empeñóse don Ventura en ello; pero no se salió con la suya; quedábase corto de talla el edificio y entonces se escogió, por consejo de autoridades — que lo eran en todo, menos en achaques arquitectónicos, aunque en esta ocasión lo acertasen— la plaza del Baratillo, esto es, del mercado llamado en quichua *Ccatú* o sea montón para venta, pues las *Ccateras* bajo enormes parasoles fijados en el suelo llamados *llantus*, esto es, sombrillas, rodeábanse de su comercio de frutas, legumbres y comestibles de todo linaje y aun de quincalla, tejidos y alfarería,

dando a la plaza un aspecto oriental de lo más irrisado y pintoresco que cabe.

Catú se volvió Gato con el tiempo, como *Virú* se volvió Perú, *Juscu* se volvió Cusco y *Photocsi* se volvió Potosí, y la Nueva Moneda de Santelices (para diferenciarla de la obra de Toledo), ocupó con sus cimientos un paralelogramo de una cuadra de 120 varas de frente y dos de 240 de fondo —en la alegre plaza del Gato, dejando un cuadrado para la plazuela de Aranzazú célebre en las crónicas potosinas, al comienzo de la calle de la Ollería, por donde iban en ronda nocturna, disfrazadas las muchachas plebeyas a beber, bailar y triunfar con amantes y novios a *Phuna Cancha* que era imán de mozas, y perdición de mancebos y campo de Satanás, según los curas.

Gastóse en tales cimientos según documentos que me dieron *ad efectum videndi*, la enorme suma de doscientos mil pesos de lo antiguo, equivalente a dos millones de lo moderno. Verdad es que la obra está fabricada para reñir con los siglos de los siglos y sus murallas tienen dos varas de sillería de granito con argamasa tal que borra solución y constituye un portentoso monolito de los cíclopes.

Este don Ventura o don Buenaventura Santelices y Venero, era un varón rarísimo. Del Pino Manrique dice de él, en su *Descripción de la villa de Potosí*: “Hombre austero, irreprochable en sus costumbres, tenaz en lo que concebía, filósofo, si es filosofía el desaliño y el desprecio de sí mismo, docto sin presunción y de luces superiores a su tiempo. Gobernó con tanta firmeza y posesión de sí mismo que se hizo temible y en Lima espantaban a los muchachos con su nombre”.

El regocijado Lope Loperas, que algunos creen que no es otro que don Gerónimo Matorras, gobernador de Tucumán y autor del *Diario de la expedición hecha en 1774 a los países del Gran Chaco* dice del buen don Santelices y Venero:

Venero fue del oro, mas en bruto,
Al agua y al jabón no dio tributo
Vistiendo peor que lego franciscano,
Riéndolo sus zapatos de lo humano;
Capa y calzón de mantecosas huellas,
Y las calzas con puntos como estrellas...
Mas, de callar hagamos sacrificio,
Que fuera de avisados gran locura,

Ser cogidos por mano de Ventura,
Para servir de hogaza al Santo Oficio.

Oscureció Santelices, gran tostador de herejes, al mismo doctor don Francisco de Nestares Marín, presbítero que agarrotó en Potosí como quien ahoga gatos en serones, a los monederos falsos Ramírez y Rocha, aprendió a Vila, Escobedo y otros cuarenta funcionarios infieles de la Casa de Moneda y metió en vereda a los bandos de la villa en perpetua batalla, levantando cuatro horcas en los cuatro puntos cardinales, sin perjuicio de comulgar en cada jueves y domingo y macerarse el cuerpo pecador con el cilicio del martirio.

Aquéllos eran hombres de temple damasquino que arrancaban de cuajo la yerba cizañosa y arrraigaban el principio de autoridad, antigualla desconocida en estos días en que cualquier zaragatillo dice frescas y húmedas, al lucero del alba, llama de tú, codea y soba las barbas al padre Eterno y burla la ley, viviendo y triunfando como en aduar de beduinos, entre el rebaño de camellos llamado orondamente el pueblo soberano.

El padre Martín de Roa, docto en filosofía y humanas letras, ha dicho muchas cosas buenas que corren impresas en bastardilla del año 1670, con forro de pergamino. Pongo por caso en lo presente, la que refiere de Atalarico, el cual prefería escoger nobles que hacerlos "porque los unos, amonestados por los hechos de sus pasados, tienen a los ojos la guía de sus caminos y estos otros no tienen más ejemplo, sino lo que ellos hicieren".

Así también los anglos y los sajones creen que nada es más indiscreto que ensayar pipas nuevas, pudiendo escoger entre las mejor usadas que, por lo mismo, tienen mayor precio, semejándose en esto a las mujeres de Alejandría entre quienes la virginidad era una mengua de que se precavían entregándose a los forasteros en el atrio de sus templos y divinidades propicias.

Dirigieron, pues, aquella monumental obra de arquitectura simple y sin orden artístico determinado, atendiendo solamente a su durabilidad, solidez y comodidad para sus fines, don Salvador de Villa y don Antonio Cabello; consta eso en los legajos del archivo de aquella casa, los cuales agregan que el interventor fue don Manuel Priego de Montalvo, contador don Antonio del Assin, fiel don José Ga-

rron, proveedor don Vicente Gareca y sobrestante don Juan Bravo, así como los primeros talladores fueron don José Fernández de Córdoba y don Calixto Moreira.

A gran costo con auxilio de millares de indios de la *mita* (tributo personal de los aborígenes) y construyendo carretas especiales que daban largos rodeos por faldas y eminencias, llevóse el excelente material de ensambladura y artesonado y las rejas de tres varas de alto y sólidas como de fortaleza inexpugnable destinadas a las ventanas, ojivas y duenderas de aquella casa, en donde hay numerosas fuentes y abrevaderos, seis o más patios con galerías unos, con lavadero para barras y utensilios otros, con cisternas y cañerías y agua propia que no procede de la fuente común, en el caso de un sitio, con galerías altas y amplios salones de fundición, de talladuría, de troquelado, de laminación y de volantes para la acuñación de la moneda en diversos tipos y en metales distintos.

En el primero y segundo patio están las oficinas principales, Dirección, Tesorería, etc., y en los altos las habitaciones de los empleados de seguridad y vigilancia, teniendo en uno de los corredores la Capilla del Señor, en donde se practicaba el servicio divino en los domingos y fiestas de guardar. Frente a la gran entrada sobre el arco del segundo cuerpo, se destaca una enorme caríátide burlesca y sonriente, tallada hace 44 años por el hábil modelador francés Mr. Moulon.

Es una ciudadela populosa aquella casa que los potosinos amamos como parte de nuestro propio ser unido a los recuerdos más tiernos de la infancia, a las tradiciones más fantásticas de la juventud, a los prestigios más estimados de la historia. A ese edificio están vinculados los nombres de familias patricias, muchas de largo abolengo y blasones ilustres: los Assin, Linares, Ayala, Bustillos, Lagrava, Usin, Estevez, La Riva, Alba, Sanabria, Ibarguen. Lizarazu, Nogales, Millares, Ibáñez, Argandoña, Bracamonte, Revilla, Jaimes, Vargas, Quijarro, Calvimonte, Porcel, Moncayo, Moreira, Gardeazábal, Berríos, Ardiles, Amatller, Ameller, Aramayo, Valda, Povil, Montoya, Paz, Arismendi, Alcobá, Caso, Nava Morales, Rodríguez, Garron, Baquera, Mendizábal, Céspedes, Caviedes, Caba, Manzano, Forcada, Bonifaz, Chacón, Penailillo, y otros, que me duele no recordar cayendo quizás en falta in-

voluntaria, porque si hay algo patriarcal y sincero y perdurable, aun dados los políticos contrarios bandos existentes, es el afecto fraternal que aún hoy conservamos a la recíproca los vástagos de aquellas familias potosinas, cuyos troncos primitivos duermen el sueño de la eternidad en la iglesia de San Bernardo, al lado de los curas y vicarios de las parroquias, de grata memoria y de los capellanes de los numerosos conventos y monasterios de la opulenta villa, que aún goza de no eclipsada fama en el universo mundo.

No pocos entre los hombres más prominentes de nuestra historia, nacieron en la Moneda, se bautizaron en la Moneda o vivieron en la Moneda. Algunos entre la generación moderna, compañeros míos en las aulas escolares, en las excursiones campesinas a los pintorescos valles de Mondragon, Cayara, Miraflores o el Baño de don Diego, coactores en las comedias de aficionados, en los circos caseros que nos hicieron, sin saberlo, grandes gimnastas, y en el cabalgar asnos redomones que nos hizo, sin pensarlo, intrépidos jinetes, han corrido días enteros conmigo haciendo ángulos, zetas y recodos a lo largo de esos pasadizos, corredores, patios y callejuelas intrincadas, esquivando el encuentro con los guardas y los ordenanzas, feroces en las apariencias y el ceño, blandos en el fondo, todo corazón para nosotros, todo respeto para nuestros padres.

Si la vida es gozar, indiferente
A la ambición que lucha enardecida,
A la maldad que ignora el inocente,
A la envidia tenaz del fratricida
Y a la saña feroz del maldiciente,
Solo la infancia es vida!

Millares de obreros llamados *quintos* se han sucedido en el trabajo de los talleres, a donde la esposa providente les llevaba, como hasta ahora, el pucherito del oliente desayuno y el cantarillo de la espumosa y rubicunda *chicha*. La costumbre reglamentaria obligaba a éstas y aquéllos a levantar los brazos y entregarse al registro personal y al de utensilios y cacharos por los guardas al salir, en previsión de raterías del precioso metal tirado en barras, lingotes, recortes y fragmentos de piña. Hubo aun una práctica menos decente (y de la cual no quiero acordarme) para averiguar si los *quintos*

o jornaleros se habían ingurgitado alguno, o algunos pedazos de plata, lo que era frecuente por aquello de que "en Arca abierta el justo peca".

Las fiestas populares más vistosas tienen por asiento los alrededores de la Moneda y por apoyo sus muros. Allí se ven las flores primorosas de la Navidad y de la Pascua de Resurrección; allí la mistura de los días de Compadres, los primeros melocotones del estío y los *turcos*, *pasta guaguas* y *mis-ki platos* de Todos Santos, encanto de los niños, y al frente las cocinerías, friterías y merenderos, encanto de los hombres y de las hembras de la clase llana.

Hasta las mulas de las norias, sabidas y recelosas y los mozos que las conducen a gran trote, son allí características y especiales, de modo que la Moneda es una entraña potosina que cuando se paraliza, queda enfermo de muerto el cuerpo entero. No la mováis, ni toquéis su legendario asiento o veréis fieras en vez de hombres, capaces de resucitar las leyendas heroicas de pasados siglos.

Fabulosa es la cantidad de plata y oro acuñado en la Real Casa hasta nuestros días, sin contar infinitas monedas y medallas conmemorativas durante el rey y aun más, mucho más, durante Roque, porque solamente a rey muerto, rey puesto, mientras a presidente puesto, otro en infusión, sin contar alzamientos que mudan Roques y Roques como paños calientes, siendo de rigor conmemorar tan faustos sucesos regeneradores, con medallas de un busto y aun de dos como aquellas "al talento y al valor" de no lejana memoria. Basta señalar la amonedación desde que comenzó a moverse la pesada maquinaria hasta fines del siglo antepasado.

Llegó ésta a 111.204.307 en marcos de plata y 2.024.912 en marcos de oro, rindiendo una utilidad de 3 reales y 32 maravedises en cada marco de plata y pesos, 7 reales y 2 maravedíes en cada marco de oro, reducido el valor de la plata a la ley de 11 dineros y el del oro a 22 quilates. Don Diego de la Vega, autor de la *Guía de forasteros del Virreynato de Buenos Aires para 1803*, dice que S. M. el rey, recibió de la Moneda por derechos reales de quintos hasta 1800, la enormísima suma de 151.931.123 pesos de a 8 reales.

Días pasados hube de acudir a la privilegiada memoria del gran historiógrafo, hábil numismático y

notable humanista general don Bartolomé Mitre, en demanda de un dato: el del día del ascenso del libertador Bolívar al legendario cerro de Potosí, y entonces me dio aquel personaje la más grata sorpresa, contenida en uno de los grandes cajones de medallas y monedas de todo el continente, separadas por secciones en escala que ocupan un elegante y grueso mueble moderno y entre éstas, numerosas referentes únicamente a Bolívar y a la conmemoración de sus actos trascendentales en la guerra y la política. Allí vi las fracciones monetarias más antiguas y las modernas de *tostones*, *tomines*, *reales* y aun *cuartillos* potosinos.

No hay parte del mundo civilizado, ni museo histórico numismático que no contenga cien veces el nombre de Potosí y el de su Casa Real de Moneda, una de las más conocidas del orbe y la segunda en América después de la de Méjico, su hermana mayor en muy poco tiempo.

Hay dos memorias gratas de personajes ilustres que se eslabonan con la historia anecdótica de aquella casa célebre, la del general Sebastián Agreda y la del general Narciso Campero. Del primero que era pequeñísimo de estatura, una verdadera miniatura de perfectas proporciones, se decía que tenía más audacia que tamaño y más corazón que cavidad para contenerlo. Era posotino y amaba como a vieja nodriza a la Moneda, contra cuyos muros se estrelló veinte veces en las revoluciones, temerarias generalmente, que acaudillaba con gran prestigio y con poquísima fortuna. No pudiendo rendirla por el asedio, intentó una vez horadarla por un costado sin almenas, y consiguió arrancar algunos sillares, pero a costa de no pocas vidas. El asalto era imposible por todos lados.

Un alzamiento popular imprevisto o desdeñado por el prefecto Campero, obligó a encerrarse a toda la fuerza fiel junto con los funcionarios del gobierno en la Moneda, dejándolo fuera a él, al prefecto que cayó en manos de los insurrectos. Éstos intimaron a Campero la sentencia inexcusable de firmar la orden de entrega de la Moneda y su fuerza, so pena de ser fusilado si rehusaba. Rehusó Campero noblemente, recordando la heroica acción de Tarifa, que le valió a Guzmán el dictado de el *Bueno*, y fue sacado al patíbulo y sentado en él. Afortunadamente no se consumó el bárbaro sacrificio.

Así eran los hombres y las cosas de antaño, así fue viril el tiempo en que hubo hombres. Agreda y Campero son recuerdos brillantes de aquellas luchas a diario entre el pueblo y los caudillos militares, en que se jugaba la vida. Ambos hubieron de ser víctimas de la inconsciente ferocidad de Melgarejo, habiendo ambos servido a la buena causa con Velasco y Linares y algo también a lo impopular de ese mismo que hubo de sacrificarlos despiadadamente *errare humanum est*.

Y debo poner fin y remate a estos de mi cariño pobres párrafos. Otra gallina con más alientos los cobijará, para de ellos sacar hermosos pollos en honra y gloria de Potosí, y de sus tradiciones que por lo grandes y bizarras y ricas y únicas, rayan en fabulosas, y para que esa mole que de los siglos se ríe desde sus duenderas que parecen inmensas bocas sin dientes, tenga su historia popular, sus cuentos y leyendas maravillosas, asombro y estrechamiento del mundo.

LOS TESOROS DE ROCHA ¹

1

El auge de las ricas minas de Potosí, había levantado a la imperial villa a la altura de su mayor apogeo en los primeros tiempos del próspero reinado de don Carlos III de España.

Por entonces, los ingenios cubrían, en la falda del cerro, las dos márgenes de la *ribera* y elevaban por sobre las macizas murallas de granito, los torreones donde giraba la rueda maestra de los batanes que reducían a polvo el metal extraído de las minas.

El ruido de estos inmensos molinos; el canto acompañado y monótono con que los trabajadores acompañaban sus pesadas faenas; el murmullo de las aguas al atravesar la red de canales para precipitarse con estrépito sobre ruedas de los ingenios, formando un confuso y permanente rumor que se

¹ Ésta es la tradición. La historia atribuye al corregidor Marín el agarrotamiento de Rocha y sus cómplices y no designa con el nombre de *Thuru Cancha* el ingenio de aquel riquísimo minero. (Nota del autor.)

escuchaba desde los barrios próximos, daban a la noble e imperial villa, amén del activo tráfico mantenido de la ciudad al cerro, un aspecto industrial, inusitado en aquellos tiempos de pajuela y velas de sebo.

Dueño de *Thuru Cancha*, uno de los mejores ingenios de la ribera, era don Francisco Rocha y no era *don* porque naciese de casa hidalga ni porque ese don le fuese otorgado por la soberana voluntad del monarca, sino porque ya en esos tiempos el dinero comenzaba a reemplazar a los pergaminos, purificando la sangre más plebeya, y el don Francisco lo poseía en cantidad suficiente para comprar diez o doce abuelos de la más pura raza, para formar su abolengo y hacer harto frondoso el árbol genealógico de los Rocha.

Pero por modestia o filosofía, él se había contentado con su sangre, que, si no era la azul de la nobleza goda, era la roja de los descendientes de Tupac-Catari, y era el *don* un *don* postizo, antepuesto a su nombre por todos los habitantes de la villa que no se resolvían a llamar Francisco a secas, a quien podía cubrir de plata todas las calles y plazas de Potosí.

Mas, así como era modesto en sus aspiraciones nobiliarias, era orgulloso hasta dejarlo de sobra con los otros dueños de *dones*, *usías* y demás títulos que constituían las casas solariegas y las noblezas de acuchillado cuartel y de cadena en poste, al mismo tiempo que generoso y humilde con los pobres y con los indios.

Con esto, y con decir que oía misa en todas las iglesias, excepto en la Compañía de Jesús, que frecuentaba poco el trato con los religiosos de las diversas órdenes, sin acercarse jamás a los jesuitas, y con añadir que no daba pascuas, ni aguinaldo a los alcaldes ni al corregidor, ni mandaba novillos el Sábado Santo a los regidores y al vicario, basta para que se comprenda la ojeriza con que sería mirado el don Francisco por la gente cogotuda, y las bendiciones que recogería de la que por ser pobre y cuitada no llegaba a ser gente.

En ese entonces no había clubs, ni casinos, ni sociedades filarmónicas donde pasar el tiempo, y las casas cerraban las pesadas hojas de sus puertas con llave, cerrojos y *zoquete* al toque de la queda, que sonaba en todas las iglesias a las ocho en punto de la noche.

Eso sí, después de la merienda, se reunían en ciertas casas, alrededor del brasero cargado de lumbré, todos los que conforme a su jerarquía formaban la clase influyente del vecindario, y allí por amor al prójimo, se ocupaban de hacer picadillo de su honra, siempre que tenía la desgracia de no merecer sus simpatías.

Don Francisco era generalmente el asunto más socorrido para las tertulias cotidianas. Murmurábase de su excesiva prodigalidad para con sus protegidos; de lo inagotable de sus tesoros, cuyo origen no se hallaba en los productos de su ingenio, incapaz de cubrir la centésima parte de sus dispendios; de su vida asaz misteriosa y poco comunicativa, de sus largas ausencias de la villa sin saberse jamás el lugar a donde iba, ni el día en que volvía, y de ciertas tenebrosas consejas que repetía el vulgo acerca de su vida íntima.

¿Dónde habían de parar tantas murmuraciones si no es a los oídos del señor corregidor? que encontrando la ocasión de dar salida a su mala voluntad, mandó a sus sabuesos observarle con el mayor sigilo, estableciendo para el efecto un espionaje muy parecido al que suele emplearse en estos civilizados tiempos a los más ligeros anuncios de tormenta revolucionaria.

Torpes debieron de ser los espiones del corregimiento, cuando después de mucho andar y pasar noches enteras encaramándose en el alar de las chimeneas, solo supieron que don Francisco vivía en una grande y lujosísima casa, en compañía de una hermosa india a quien parecía amar entrañablemente.

Así quedaran las cosas si el destino no lo dispusiera de otra manera, como lo verá quien quisiere leer esta crónica hasta el fin.

2

Habíase establecido hacía poco tiempo en una suntuosa casa del barrio de los Juandedianos, una familia compuesta de una dama, un caballero, dos mayordomos y los correspondientes galopines y pinches de cocina.

Era la dama alta de cuerpo, rica de formas, airoso en el andar y arrogante en el porte. Sobre la nieve de su rostro, enclavado en el marco de ébano de su profusa cabellera, brillaban dos hermosísimos luceros bajo el delicado arco de sus cejas, y resal-

taba el vivo carmín de sus labios de grana, siempre entreabiertos para enseñar una doble fila de las más finas perlas.

De temple toledano y de alma de usurero, había de ser quien no se sintiera blando al contemplar a la hermosa doña Catalina de Meneses que, cual otra Venus Chipriota, parecía llevar consigo el ceñidor de donde pendían todas las seducciones y los hechizos.

Y era el caballero un hombre que frisaba en los cuarenta, de pálido y cejijunto rostro, nariz aguileña, mirar atravesado y actitud recelosa y desconfiada. Por lo cual, así inspiraba repulsión y antipatía, como era atractiva y hechicera doña Catalina.

Lo que eran el uno para el otro nadie lo supo a punto fijo, y las comadres del barrio daban en la flor de encontrar algo que no era muy honesto en la relación que unía a entreambos.

No debió de ser ello sentencia de Salomón, cuando don Francisco Rocha, con todo su orgullo, los visitaba a menudo, los agasajaba con largueza y había comenzado su decidida protección hacia ellos por darles el suntuoso alojamiento que habitaban.

Los sabuesos del señor corregidor solo supieron descubrir que doña Catalina y don Alonso se decían hermanos; que eran naturales de Sevilla en España; que vivían de las larguezas de don Francisco que pagaba en gruesos salarios al administrador de su ingenio, don Alonso, la decidida y ya muy conocida de todos afición a la susodicha su hermana; que mientras Rocha pasaba los ratos perdidos, que eran todos los posteriores a la merienda hasta el toque de la queda, en compañía de la hermosa sevillana, don Alonso departía en la celda del superior de los jesuitas en el convento de la Compañía, y que la joven india compañera de don Francisco, a quien por su belleza llamaban todos *ccoricusichi* (que alegra el oro) estaba furiosamente celosa y desesperada, acechando la ocasión de descargar los rayos de su venganza.

Crecía en tanto la ola de las murmuraciones; los dispendios de Rocha daban mucho de qué ocuparse al señor alcalde, don Diego de Hínestrosa y a sus ministriles, y el delegado del Santo Oficio de Lima miraba con ojos inquisitoriales las casas de Rocha y de la sevillana.

Por diferentes conductos había llegado a los estrados del corregimiento, la especie de que las largas y temporales desapariciones del riquísimo Rocha, tenían por objeto el llevar a efecto el adagio que dice: "el ojo del amo engorda el caballo", pues era general la creencia de que tuviera grandes socavones subterráneos donde con el auxilio de centenares de esclavos se ocupaba de poco lícitos trabajos, llegando a asegurarse, en confianza, que falsificaba el busto de S. M. don Carlos III, en monedas del valor de un peso fuerte.

Pero muy avisado debió ser el don Francisco cuando no dejaba huella, pues sus émulos examinaban monedas tomadas en diferentes cajas particulares y en las reales y no había diferencia en ley ni peso entre todas y servía más a confundirlos el aumento considerable de moneda en la villa, siendo así que la casa real de moneda tenía cantidad fija de acuñación mensual.

Ni el alcalde ni el agente del Santo Oficio, ni el corregidor, querían, mientras tanto echarse encima la responsabilidad de la prisión sin pruebas, temerosos de la grande influencia que tenía Rocha sobre el pueblo y principalmente entre los pobres (si es que hubo pobres entonces en aquella opulenta villa) para quienes era un delegado de la providencia.

Pasaron meses y pasaron años sin novedad alguna, a no mediar faldas en el asunto.

La sevillana que, a lo que parece, tenía motivos muy especiales y muy poderosos para servir ciegamente a don Alonso, tenía con éste a la salida de Rocha, largas conferencias en que, según el dicho de la servidumbre que observaba por el ojo de la llave, había mucho de altanero y de desabrido en el tono de don Alonso y mucho de sometimiento y de humildad de parte de doña Catalina, que acababa generalmente por soltar el llanto con que embellecía más aquel divino rostro.

A su turno el don Alonso no parecía ser carta principal de este tresillo, cuyas figuras parecían encontrarse en las celdas de la Compañía de Jesús.

Así las cosas y habiendo mordido Rocha el anzuelo de doña Catalina, a quien amaba con más fuerte empeño cada día, sucedió lo que no podía menos de suceder y lo que verá el curioso lector en el capítulo siguiente.

Y cuentan las crónicas potosinas que, así como vio don Francisco, una de tantas noches, sobre la blanca y despejada frente de su espléndida sevillana, una nube de pesar que pugnaba por descender hasta los párpados convertida en lluvia de líquidas perlas, así se sintió acongojado y transido de pena y no hubo punto de intermedio entre el sentirlo y arrojarle a sus plantas para enderezarle estas u otras parecidas razones:

—No con ocultos pesares, acibareis, doña Catalina, mi tierno afecto, y pues os tengo dadas de él pruebas sin cuento, haced que yo reciba una viéndoo dichosa, magüer fuere preciso acabar para ello con todos mis tesoros. ¿Qué os falta? ¿Qué aspiración podría tener vuestra alma que yo no lograra, siendo imposible, satisfacerla a costa de mi vida?

—No son don Francisco —repuso la sevillana— riquezas, ni tesoros los que el alma enamorada ambiciona, ni con suntuosos alojamientos y espléndido trato se satisfacen los afanes que el amor ocasiona. Un corazón apasionado rechaza la abundancia, si con ella no ha de ir entero el de quien la proporciona, y así como el amor funde dos almas, así es condición precisa de la felicidad confundir en una todas las aspiraciones y secretos, siendo más confiados los enamorados cuanto más amantes.

—Mucho me temo, y os pido perdón por ello, doña Catalina, que lo que llamáis falta de confianza de parte mía, no sea más que una curiosidad de mis secretos, de la vuestra, pues no es fácil deslindar donde acaba la primera y donde principia la segunda, cuando a un hombre le rodean, como a mí, tantos misterios, le asechan tantos émulos y le persiguen las murmuraciones de los grandes y de los chicos.

—No prosigáis, don Francisco, y apartad de mi alcance el arca de vuestros misterios, que yo prometo encerrar en otra más segura mis penas, mis dudas y mis celos, que harto fui alucinada esperando de mi único amor, más que dádivas materiales, confidencias del alma, más que ricos tesoros, el inapreciable de ser la depositaria de su confianza. Tenéis razón, ni yo la merezco, ni os he probado que sabría guardarla, y de hoy en más, guiaré por la vuestra mi conducta y no seré para vos sino lo que debía ser desde un principio: una mujer avara

de su ternura y medida en las manifestaciones de su cariño.

Dijo, y en el sedoso y arqueado encaje de sus pestañas brillaron dos lágrimas y pasó por el hermoso cielo de su rostro una nube que venía a darle nuevo y más irresistible atractivo.

En todo tiempo existieron sirenas, lo mismo en el de Adán que escuchó el primero de sus arrullos; que en el de Sansón que escuchó a Dalila y en el de Rocha que se reblandeció como la cera virgen al contemplar las lágrimas de la hermosa sevillana.

Amaba y quien ama no es cuerdo a medias, sino loco entero. ¡Desgraciado, más le valiera huir de la sirena!

4

Y amaneció Dios y era el 8 de diciembre, día de la Purísima Concepción de la Virgen María.

La sevillana vestida de saya y rebujada en una mantilla gaditana, adelantóse sola y recelosa, sin dueño ni paje por la calle del baratillo; pasó de largo por los agustinos, donde solía oír misa conventual, y se fue, no sin mirar antes, para evitar el espionaje, en todas direcciones, en derechura hacia la casa de las cajas reales, en cuya puerta aguardaba con el embozo hasta las narices y el sombrero hasta las cejas, el buen don Alonso, hermano pegadizo de su hermana.

Franquearon ambos el largo y oscuro zaguán, subieron la escalinata que conducía a las habitaciones del señor corregidor y tirando del cordón que pendía a la puerta de la antecámara, aguardaron a que se presentase el ujier para decirle:

—Hacednos la merced de anunciar al señor corregidor de la villa que un emisario del superior de los jesuitas le trae estas letras y espera órdenes.

Estaba el señor don José Miguel de Iburgüen disponiéndose para salir a cumplir con el santo precepto de la misa, cuando le entregó el ujier la carta y le repitió el mensaje de don Alonso.

—¡Válgame Santiago Apóstol, si no son el mismísimo demonio los humildes siervos de San Ignacio de Loyola! —dijo, y leyó las siguientes líneas:

“J. M. y J.”

"En servicio de S. M., de la moral y de la religión de que, aunque indigno, soy sacerdote, proporciono a vuesaerced con don Alonso, conductor de estas letras, el testigo de vista y presencia que hacía falta para formar causa y apoderarse de la persona de don Francisco Rocha.

"Si la tortura no arrancase la comprobación de las acusaciones, me ofrezco en descargo de mis muchas culpas, a servir al rey y a la justicia, allanando el camino, siempre que vuesaerced tenga a bien confiarme la dirección espiritual del reo.

"Dios conserve los preciosos días del señor corregidor.

"Humilde servidor y capellán de vuesaerced.

"Dr. *Ambrosio Senavilla.*"

¡Hola! —exclamó el de Iburgüen despojándose del sombrero y del bastón, y al presentarse el ujier—: que entren a mi despacho —dijo— las personas que esperan; que se llame inmediatamente y con sigilo al alcalde Hinestrosa y a su escribano y se avise a mi secretario que hay trabajo urgente.

—Ello al cabo había de descubrirse --prosiguió a solas— y el don Francisco tenía que pagarlas todas juntas. Mas el pícaro de don Alonso su protegido y encubridor de sus enredos deshonestos ¿cómo habrá pegado migas con el padre Senavilla y cuál será el interés de este humilde superior de jesuitas que así anda enredado en el lío?

Todo se averiguará si no somos lerdos; pero antes señor don José Miguel, ojo, mucho ojo, no pierda vuesaerced sogas y cabrito en este enmarañado intríngulis...

En la tarde del mismo día, iba como de costumbre, de su casa a la de la sevillana, el buen don Francisco, asaz preocupado y meditabundo.

—Los hombres enamorados —decía para su embozo—, no somos más que unos pobres hombres sin energía ni prudencia. ¡Así no me cueste la falta de la mía el acabar en la horca llevado por la mano de aquella que más amo en el mundo!... ¡*Vade retro!* no vengáis pensamientos tétricos a echar una sombra negra sobre la más hechicera y noble de las mujeres: dejadme gozar de la inmensa dicha de ser amado por tanta y tan peregrina belleza. ¡Pobre *Ccori cusichi*, tan hermosa, tan tierna y tan leal, perdóname si te pospongo; misterios son que el

hombre no puede explicar; impulsos que al corazón no le es dado resistir!

Así razonando llegó a la casa y dejó caer tres veces el enorme eslabón; pero no bien había sonado el tercer golpe cuando se abrió la puerta y dos alguacil que le cubrían el rostro y entre otros dos de jándolo dentro del zaguán, donde le pusieron mordaza y le amarraron las manos a las espaldas.

Un momento después, con sombrero y capa de alguacil que le cubrían el rostro y entre otros dos de estos bichos, iba don Francisco, seguido del alcalde, camino de la cárcel, mientras por la puerta de escape de la misma casa, salía entre una fuerte escolta la hermosa sevillana, en dirección del beaterio de Copacabana a donde la destinaba el corregidor, más para garantía de su persona, que por ser parte esencial en el juicio.

5

No ha de ser tan poco mirado con sus lectores, el autor de esta crónica, que los deje por más tiempo sin saber los pormenores de la entrevista habida entre el corregidor de la villa y la hermosa sevillana; pues, así como fue para don Francisco *puñalada de pícaro* la manera como cayeron sobre él Hinestroza y los suyos, así habrá sido extraña para los que benignamente siguen el curso de esta historia, la repentina prisión de Rocha y el asilo procurado a doña Catalina.

Afortunadamente los archivos potosinos no han sido del todo pasto de sabandijas, y muchos preciosos documentos se conservan con todo su polvo y sus telarañas en los olvidados escaparates de los conventos o en los estantes de tal o cual casa que había logrado hacer escapar el blasón de su fachada en medio de la tempestad republicana que arrasó con pergaminos, títulos y cuarteles nobiliarios.

Así se han conservado las preciosas *Crónicas de Miraval*, los *Anales de Potosí* y las *Antigüedades de la Villa Imperial* de Fray Benito Maguiña de la orden de predicadores de San Francisco; y así ha llegado hasta éste, que escribe la verídica relación de sucesos ocurridos más de cien años antes, bajo el reinado del señor don Carlos III rey de España, más sus Indias.

Consta pues el que doña Catalina interpelada por el corregidor y conminada bajo la religión del jura-

mento a decir verdad en todo lo que supiera y fuera preguntada, comenzó su relación de esta manera.

"No podré decir, señor, en conciencia, la hora en que don Francisco y yo cerrados en una rica litera atravesábamos las calles de la villa; ni me es dado indicar el rumbo que seguíamos, pues lo mismo fue entrar en la silla cuando faltó completamente la luz a mis ojos, y eran tantas y tan abigarradas las vueltas, que se me figura, dábamos en diversas direcciones, que me sentía como acometida por el vértigo del mareo.

"Después de un larguísimo espacio de algunas horas, descansó finalmente la silla, don Francisco tocó un silbato, encendió una pequeña bujía que llevaba consigo, abrió la portezuela y me invitó a seguirlo.

"Hallábame en la entrada de un gran socavón oscuro y húmedo, no veía persona alguna ni la huella de nuestros conductores, que se evaporaron como el humo. Asida de la capa de don Francisco que tiró hacia adelante, recorrí una larga distancia, hasta que de repente se interceptó el camino de modo que parecía ser el término de la mina. Volvióse don Francisco hacia el lado derecho y aplicando el mango de su puñal en una grieta hizo girar una enorme piedra que ocultaba una nueva entrada; alzóme en sus brazos, pues solo para quien tuviera grande ejercicio, fuera fácil el descenso por las prominencias únicas que servían como de escaleras en el subterráneo.

"En el fondo se detuvo, hizo rechinar las cerraduras de una puerta de hierro y la vivísima luz que nos iluminó al pronto acabó por desvanecerme completamente, de suerte que perdí por gran espacio el sentido.

"Merced a los cuidados de don Francisco, pronto volvió la fuerza a mi ánimo y lo que vi no es para contado según es de maravilloso y de increíble.

"En una extensa bóveda alumbrada por enormes velones de plata, habían apilados hacia un lado y casi hasta tocar el cielo de la bóveda, grandes talegos de plata sellada, mientras en el otro relucían en montones los pesos fuertes arrojados a granel y los lingotes y tejos de oro macizo. En un sótano abierto en uno de los ángulos, se veía el depósito de las barras y de la plata piña en una profundidad de cuatro a cinco varas, lleno hasta más de los dos tercios.

"Don Francisco abrió una segunda puerta y otra estancia mejor adornada se presentó a mi vista. Los escaparates estaban llenos de utensilios de oro y plata. Riquísimas vajillas que contenían manjares exquisitos preparados en el día, cubrían la mesa del centro; pero sin que apareciera ánima viviente para servirlos.

"Apenas pude yo tocarlos, pues que estaba deslumbrada y llena de un pavor misterioso. Bebí para fortalecerme de un licor extraño que me ofreció don Francisco y poco después sentí una completa languidez en el cuerpo y quedé sumida en el más profundo sueño.

"Al despertar halléme en mi propio lecho pensando si habría soñado; pero aún conservaba el gusto del licor que bebí en la bóveda y tenía en los dedos los anillos que don Francisco sacó allí de un cofre lleno de joyas para que yo los conservase en memoria de su complacencia y en prenda del mucho cariño que para mí abrigaba."

Así acabó su relación la sevillana mientras el corregidor y su secretario la escuchaban atónitos y maravillados.

En el entretanto, el alcalde Hinestrosa y sus alguaciles tenían la celada en que cayó don Francisco, de manera que satisfecho de su obra fuese directamente al corregimiento relamiéndose de antemano con los parabienes que le aguardaban por su destreza.

—Peréceme, señor —dijo a la entrada—, que ya tenemos el ovillo entero y que este proceso ha de valernos la celebridad y el contentamiento de su sacra real Majestad, a quien Dios guarde.

—Mucho me temo —repuso el corregidor— que hayamos hecho de modo que en vez de hallar el ovillo, perdiésemos el hilo, quedándonos sin soga y sin cabra en la partida; pero ya está hecho y no habrá de decirse que retrocedemos cobardemente.

"Por el rey trabajamos y Dios proveerá.

En una lujosa habitación perteneciente a una de las más grandes casas del barrio de San Francisco, hallábase casi de rodillas sobre ricos cojines, una mujer cuyos sollozos se perdían sin eco entre la tupida tapicería que decoraba la estancia.

Sus redondos y torneados brazos adornados de brazaletes de oro, apoyábanse en el lecho y sostenían la hermosa cabeza de su dueña, cuya profusa cabellera caía en abundantes guedejas hasta el suelo.

Por ese rostro moreno, cuyas sonrosadas mejillas hacían resaltar más la intensa mirada de sus hermosos ojos negros, corrían dos hilos de lágrimas, y los sollozos agitaban violentamente su redondo y elevado seno, velado apenas por una doble gargantilla de grandes perlas.

De pronto alzóse erguida, enjugó su llanto que corría a raudales, pintóse en su rostro la señal de una resolución inquebrantable y vistiendo la saya y la mantilla echóse fuera de la casa tomando el camino del beaterio de Copacabana.

Media hora después se hallaban frente a frente la hermosa *Ccori cusichi* y la bella sevillana.

Lo que pasó entre ambas en un principio no refieren las crónicas, y ello es una lástima, pues debió ser muy interesante plática. Sábese solo que después de un largo espacio uniéronse en un estrecho abrazo y continuaron su conversación de aqueste modo:

—¿Dudáis aún de mis intenciones doña Catalina? Creéis por ventura que fuera llevadera en sigilosa clausura la vida de esta víctima inmolada a la gratitud de su padre?

—Tal vez sufriera con paciencia mi destino si así no fuera para mí, punto menos que imposible la salvación de don Francisco.

—Ayudadme señora a recobrar la libertad que anhelo; que la mitad de esas riquezas os pertenezca, mientras yo corro a poner la otra mitad a los pies del monarca soberano.

Dijo, y esperó ansiosa la respuesta, no sin hacer grandísimos esfuerzos para ocultar la impaciencia que parecía devorarla.

—Solo una cosa —dijo por fin doña Catalina— me detiene para aceptar vuestras seductoras ofertas; temo la soledad en esos sótanos y me falta el valor para recorrer tan peligroso descenso, si os fiarais también de mi hermano, yo os prometo que daríamos felice cima al proyecto.

—A nadie, perdonad señora —repuso *Ccori cusichi*—, después de vos confiaré ese secreto, aunque para ello fuese preciso pasar bajo la rueda del tormento, y nunca si no es ahora mismo que tengo por seguro el no caer en un lazo, volveré a intentar

un proyecto semejante. Aprovechad, señora, antes de que el arrepentimiento me haga retroceder para siempre.

—Pero yo estoy vigilada y reclusa, y no podré dejar este retiro sin una orden del señor corregidor.

—Yo me encargo de allanaros la salida siempre que me ofrezcáis ayudarme en lo que os diga...

No había pasado una hora desde que se verificó lo ya narrado cuando la comunidad de Copacabana, reunida en la celda de la superiora, resolvía dirigirse al señor Vicario pidiéndole su auxilio para salir de un difícil trance en que se hallaba comprometida, y poco tiempo después el capellán redactaba el siguiente pliego:

“Jesús, María y José.

“Las asechanzas del enemigo malo ponen a prueba en todas ocasiones las virtudes de estas indignas hijas de Jesucristo, y les preparan obstáculos para cuyo vencimiento han menester del apoyo de los escogidos del Señor.

“Proteja la Virgen purísima a la infeliz doña Catalina de Meneses que ha abandonado este santo refugio, usando de violencia, amordazando a nuestra hermana portera y poniendo en clausura forzada a las hermanas tornera y sacristana.

“Y aunque el pecado es de por sí suficiente para comprometer la eterna salvación de una alma cristiana, confiamos en la misericordia divina que sabrá perdonarlo; pero no así en la justicia humana que exigirá la devolución del depósito que en estos santos claustros hizo.

“Las luces del dignísimo señor vicario nos iluminen en este laberinto preparado por el espíritu maligno.

“Dios conserve los preciosos días de usarced. Amén.

“*Sor María del Corazón de Jesús.*
“Superiora del beaterio de Copacabana.”

Como gota de aceite sobre papel de estraza cunden las malas nuevas, máxime si hay deliberado empeño en recatarlas; y así como los barberos, antes y después del rey Midas, fueron tenidos por embusteros y parlanchines, así a la canalla de los

ta
e
n

d
a
o
r
l

t
l
f
j

alguaciles no se les pudría secreto en el cuerpo, cuando el venderlo era asunto de gajes, para ayudar al salario con el honrado rendimiento de las *manos libres*.

De este modo y con gran sorpresa del de Hines-trosa, que estaba satisfecho del sigilo y tino desplegados en la captura de don Francisco, no se hablaba, desde el segundo día, de otra cosa, ni había en la villa lugar público ni privado donde ello no fuese materia de conversación.

Referíanse muchos pormenores e incidentes, y corría como válida la especie de que el buen Rocha había sido atormentado en dos ocasiones con el torno y con las cuñas, sin que la justicia obtuviese resultado alguno, pues se mantenía obstinado y renitente y contestaba a las preguntas con el silencio más profundo. Decíanse muy en secreto que el físico de la villa había entrado varias veces en las prisiones del cabildo, llevando redomas y cordiales y que el padre Senavilla pasaba largas horas encerrado con el prisionero. Los que habitaban las cercanías de la cárcel creían oír durante la noche tristísimos alaridos, por lo cual pidieron exorcismos a la parroquia.

Revolta hallábase la villa, y los indios del cerro y de los ingenios que tenían grandísimo afecto por Rocha, comenzaban a mostrarse reacios al trabajo, formando grupos en que se tramaban bien poco tranquilizadores proyectos. La gente del pueblo, llena de los favores de don Francisco, rezaba novenas, y estipendiaba misas en sufragio de la salvación de este padre de los pobres.

Finalmente, la excitación era terrible y se denunciaba en todas las formas conocidas, siendo la más expedita la de los pasquines que aparecían fijados en los lugares más públicos, y tenían locos al corregidor Ibargüen y al alcalde Hines-trosa, pues no llevaban la mano al bolsillo de la chupa sin tropezar con uno.

Un día principalmente hicieron de modo que el alcalde y el corregidor leyeran desde el levantarse del lecho, y en todos los lugares que recorrían ordinariamente, la siguiente redondilla:

Puede se haga para el diablo
Una merienda sabrosa,
Con los huesos de Hines-trosa
Y las carnes del de Ibargüen.

—¿Oigá? —dijo este último— pues yo os haré conocer que no soy un bragazas a quien asustan pasquines y amenazas —y dirigiéndose a la puerta de su despacho—: ¡Hola! —dijo—, que se reúna ahora mismo el consejo, que se mande echar pregones declarando rebeldes al rey y azuzadores del desorden, a los que formen corrillos para hablar y murmurar del enjuiciamiento que por *monedero falso* y *hereje* se sigue a don Francisco de Rocha, y que se pene con cien azotes en plaza pública, a quien fuere tomado *in fraganti* delito de pasquinero.

”Pues no hay más que hacerse blando —prosiguió a solas— para que se le venga la canalla encima y lo vuelva cera.

En la noche de ese mismo día y antes de poner en ejecución el acuerdo del consejo, se resolvió que el padre Senavilla hiciera una nueva tentativa con el preso, aunque no fuera más que para descubrir a los cómplices.

Serían las once poco más o menos y estaba la noche fría y lluviosa, cuando se abrió silenciosamente la pesada puerta de la cárcel del cabildo para dar paso a un sacerdote que salía guiado por un corchete con linterna en mano. Caminaron ambos a lo largo de la Moneda y al llegar a la puerta del convento de la Compañía de Jesús, dijo el guiado: —Dios os lo pague hermano, que ya no os he menester y podéis regresaros. —Pero apenas se había alejado el guía, salió del hueco de la puerta una sombra que al notar la sorpresa del sacerdote, se apresuró a decir: —Nada temáis padre Ambrosio, pues soy yo el que hace dos horas os espera impaciente.

—Podíais esperar, ciento —respondió mal humorado el padre— y ya os dije que tal juego era peligroso y os podía costar la cabeza.

—Dejad eso a mi cuidado, padre Senavilla, y decidme si estáis al fin dispuesto a revelarme las declaraciones que le habéis arrancado a don Francisco.

—Insistís inútilmente y os digo por última vez que nada tengo, ni nada sé, ni en sabiéndolo os lo dijera y basta, que ya toda insistencia es importuna.

No había concluido su razonamiento el padre, cuando sintió el agudo filo de un puñal que le traspasó el pecho. Apenas pudo murmurar un *¡Dios me valga!* y cayó para no levantarse más.

El asesino se apoderó de todos los papeles que llevaba el padre consigo y corrió hacia un farolillo

que ardía al pie de la efigie colocada en el cementerio de la Compañía. Los recorrió y examinó rápidamente, y arrojando juramentos y maldiciones de despecho, se perdió en la oscuridad de las callejuelas del Baratillo.

Cualquiera que le hubiera visto a la débil luz del farol, hubiera conocido a pesar del embozo a don Alonso de Meneses, fingido hermano de la sevillana.

8

Las campanas de todas las iglesias tañían lúgubremente con acompañamiento del esquilón, lo que daba a conocer que el muerto era sacerdote.

Una multitud de gente invadía la capilla lateral de la Compañía, donde en un suntuoso túmulo yacía entre blandones y cirios, el cadáver del doctor don Ambrosio Senavilla, superior de los jesuitas, muerto por la sacrílega mano de los parciales de don Francisco, según la versión generalmente aceptada.

Todas las comunidades religiosas y los párrocos y capellanes de la villa cantaban el oficio de difuntos, mientras en la puerta se escuchaban los lamentos y sollozos de las numerosas hijas de confesión del padre Ambrosio.

El vulgo repetía admirado y pasaba de boca en boca el milagro operado en el cadáver del santo jesuita, pues lejos de exhalar la hediondez de la putrefacción, parecía rodearle cierto perfume suave y desconocido que causaba en quienes lo sentían una impresión celestial.

—¡Moría en olor de santidad...!

A la misma hora en que esto sucedía una partida de arcabuceros al mando del secretario del corregimiento, ponía en fuga a los trabajadores del ingenio de *Thuru Cancha*, amotinados desde la noche anterior y que habían dejado maltrechos a los alguaciles enviados para reducirlos, no sin que la sangre de algunas víctimas hubiese corrido en esa desigual escaramuza.

Las noticias corrieron por toda la villa, las puertas comenzaron a cerrarse a toda prisa; quedóse casi desierta la capilla; y poco después no atravesaba por las calles alma viviente, a no ser las rondas organizadas por el cabildo, para defensa de los intereses generales.

El señor corregidor acompañado de los regidores y de dos guardias salió a recorrer la villa, caballero sobre un reluciente jaco, y a la vuelta reunió el Consejo y permaneció en deliberación durante una gran parte de la noche.

Mientras tanto Hinestrosa se volvía loco buscando a dos personas que parecían haber desaparecido sin dejar huella. Había entrado en la casa ocupada antes por don Francisco: todo estaba desierto y abandonado; los muebles, las tapicerías y los adornos no estaban ya en su sitio, las habitaciones tan lujosas de *Ccorí Cusichi* estaban desmanteladas y vacías. Acudió al ingenio de *Thuru Cancha*, la misma soledad y el mismo abandono. Entró en Copacabana, amenazó, rogó a las recogidas y a la superiora; pero nada pudo obtener que le diera luz o que le guiara en sus investigaciones.

Doña Catalina y *Ccorí Cusichi* habíanse vuelto humo, y don Alonso que ayudaba al alcalde en sus pesquisas, devanábase los sesos sin poder explicarse tan extraño fenómeno.

El Consejo, en tanto, había declarado "que la persona de don Francisco era peligrosa al orden y motivo de alzamientos rebeldes, aparte de que pesaban sobre él acusaciones por delitos de *falsa amonedación e indiferencia religiosa*; pero que dejaba al prudente juicio del corregidor el estimar si era conveniente en el estado de exaltación en que se hallaban los ánimos, el hacer uso de un escarmiento riguroso".

Cuando el de Iburgüen leyó lo que antecede, cuentan las crónicas que dijo: "No merendará el diablo con la carne y los huesos del corregidor y del alcalde; pero tengo para mí que no se quejará del cambio".

Al día siguiente jueves 11 de mayo de 1770, balanceábase en una horca levantada en las puertas de *Thuru Cancha* y resguardado por doble escolta de arcabuceros, el cuerpo de un ajusticiado.

Los transeúntes reconocían estremecidos en este desgraciado, al opulento y generoso don Francisco Rocha.

EPÍLOGO

Había por los años de 1780, es decir, diez años después de los acontecimientos que van relatados, un indio llamado Guanca, mayordomo del ingenio de

Occopampa y muy conocido en la villa imperial por sus rasgos generosos y por su carácter servicial y honrado.

El dueño del ingenio, don Fernando Balcazar, tenía en él gran confianza y le dejaba enteramente la dirección de sus intereses, sin que jamás tuviese motivo de queja, sino antes bien frecuentes adelantos y beneficios que no solamente demostraban la acrisolada honradez de Guanca, mas también un celo y asiduidad muy poco comunes.

Pero Guanca era espléndido en su porte; su mujer vestía *phanta* de terciopelo y *acsu* de lama de oro, y los tacones de sus *ojotas*, los *topos* de la *liclla* y los cascabeles de las mangas eran de plata. No había indio en los ingenios y rastras vecinas que no fuera su compadre, recibiendo por ello regalos de verdadero cacique; ni se pasaba fiesta en las parroquias sin que Guanca fuera por lo menos el vice-alférez; por lo cual (y sin que se presentara el proyecto y se aprobara por las cámaras, como ahora se estila) le llamaron unánimemente *Ccolque Guanca*, es decir, Guanca de plata, llegando a constituir hoy ese mote un verdadero apellido.

Nadie sabía de dónde provenía la fortuna de este indio que así gastaba, teniendo apenas un miserable salario; pero entonces ya empezaba a popularizarse la costumbre de halagar al que tiene sin preguntar el cómo lo adquiere y sin meterse en honduras cuando en la superficie está la boya.

Por su parte el don Fernando se hallaba muy contento con su mayordomo y tenía en él cada vez mayor confianza.

Andando el tiempo cayó enferma y entregó el alma a Dios, la esposa de Guanca, y éste, que por lo visto era un ejemplar a la rústica de los amantes de Teruel, no pudo soportar el peso de tan dolorosa calamidad y se encontró en breve en camino de juntarse con su cara prenda.

Había rehusado todos los auxilios que se le ofrecían y encontrándose ya próximo a la tumba, llamó a su patrón, y después de muchos encarecimientos le hizo la relación siguiente:

“Al volver una mañana del pueblo de Cantumarca, me sorprendió una tormenta en la falda del cerro hacia el lado de la Eslabonería y me obligó a refugiarme en un hueco formado por las grietas. Entre los distintos colores que presentaban las ve-

tas del cerro, me llamó la atención el de una piedra sobresaliente de forma extraña que no parecía naturalmente colocada en ese sitio. Llevaba conmigo un pico y comencé a escarbar alrededor de la piedra, redoblando mi empeño al ver la facilidad con que cedía la tierra medio húmeda que llenaba los huecos.

"Finalmente, señor, para abreviar os diré que dejando por esa vez la obra y volviendo con mejores utensilios, logré sacar la piedra de quicio, descubrí un socavón, me aventuré por él, descendí al fondo de un sótano y con inauditos esfuerzos forcé una puerta de hierro y hallé una bóveda.

"A la luz de la *mecha* de sebo que llevaba mi esposa, descubrimos con asombro las inmensas riquezas que allí había encerradas".

E hizo la misma relación que queda consignada en la declaración de doña Catalina.

En seguida continuó de esta manera:

"Pocos días después logramos forzar la segunda puerta y quedamos yertos al presenciar este horrible cuadro.

"Pendía del techo el esqueleto de una mujer, cuyos abundantes cabellos caían por delante hasta las rodillas. Conservaba aún los restos de una saya de raso y adheridos al cuello collares de diamantes y de perlas. Al frente y asentado sobre dos cojinetes se hallaba el esqueleto de otra mujer cuyos vestidos parecían de rica lama de oro."

La relación de Guanca quedó interrumpida; una fuerte tos que pareció desgarrarle el pecho, le hizo arrojar torrentes de sangre y expiró sin determinar el lugar ni dar señal ni derrotero alguno; pero la tradición señala el sitio de la Eslabonería, como aquel donde se encuentra la boca del socavón de Rocha, que aún se cree guarda los esqueletos de la Sevillana y *Ccorí-Cusichi*.

Desde principios del presente siglo se han organizado muchas sociedades con fuertes capitales para buscar los tesoros de Rocha; pero hasta ahora quedan sepultados en el misterio más profundo.

Dícese que los jesuitas lograron en 1770, acercarse al sitio, con la ayuda de algunas ligeras noticias transmitidas por Balcazar a sus hijos; podrá ser cierto, pero lo positivo es que Rocha sufrió horca y tormento sin revelar su secreto perfectamente guardado hasta nuestros días.

Solo una india con una alma como la de la hermosa *Ccorí-Cusichi*, podía vengarse como se vengó ahorcando a la sevillana y dejándose morir de inanición por no abandonar a su rival aborrecida.

VASCONGADOS, ANDALUCES Y EXTREMEÑOS

1

Había en la plaza del Regocijo, en la imperial y ya opulenta villa de Potosí, en el año de gracia de 1600, una casa famosa, no ciertamente porque de escogido material fuese construida, ni porque en su construcción hubiese obra de arte, ni en fin, porque en su fachada hubiese escudo, ni en su puerta postes, ni en el zaguán nicho con sagrada imagen, ni en el patio pozo con brocal y cadena, sino porque en ella habitaba el portugués Antonio Rodríguez Correa y con él los siete pecados capitales y todos los enemigos del cuerpo y el alma.

Era el buen Antonio, menguado de estatura, aunque robusto, cargado de espaldas, fuerte y membrudo. Sus ojillos vivos y maliciosos, brillaban entre un bosque de cabellos, cejas y barbas que apenas dejaban en descubierto una nariz respingona y unos pómulos salientes.

Dieron las malas lenguas en atribuirle muchos oficios *non sanctos*. Siendo uno de ellos el de Mercurio surcidor de voluntades y amparador de acuitados galanes y tiranizadas damas; pero su trato ostensible y con el cual decía él, ganaba honradamente la vida, era el de taberna, en donde como buen judío, juraba no bautizar jamás el vino de sus parroquianos.

La Santa Hermandad instituida en la villa por el ilustre cabildo en 1570, no miraba con buen ojo la taberna de tío Anton, la cual sustentaba en los altos, bajo mezquino aspecto exterior, estancias ricamente decoradas y dispuestas para digno asilo del amor y de sus sacrificios.

Pero, el don bellaco, se había granjeado buenos padrinos entre los ricos hombres y señoritos titulados de la villa. Los mismos reverendos de San Agustín y los temibles dominicos, dispensaban cierta piadosa protección al tabernero, en gracia de las azumbres del bueno de Peralta y Yépes, que les enviaba en

agasajo, sin que les faltase al prior y superior, su buena pinta de Málaga añejo, el cual le procuraba muy dulce sueño durante la siesta.

Por aquellos mismos tiempos, año más, año menos, había llegado a la villa Martín Ustaris, mozo garrido, licenciado de los tercios reales y como dice Lafuente:

Siempre sin una amarilla
como siempre también sin una blanca.

En cambio, llevando a la grupa una real moza tan pobre como él y más que él gallarda.

No hay para qué decir si Anton el portugués les daría protección y amparo. Eran muy buenas dos piezas para su comercio, pues que Ustaris, así rasgueaba unos boleros en la guitarra que hacían bailar los bancos y cantaba unas seguidillas que hacían asomar a las rejas a las muchachas de la vecindad, como manejaba las cartas y disponía con mucha gracia un *mamarán* un *entres* y un *a monte corrido*.

No era menos habilidosa la mozuela, pues amén de tener unos ojos hermosos y parlanchines y una boquita de flor de granado, guardadora de perlas, y talle airoso y mórbidos contornos, era más lista que un monaguillo, más salada que un arenque y coqueta tan temible, como toda la que aduna discreción y donaire.

En la fecha a que se refiere nuestra historia, Pepinilla, que tal era el único nombre con que era conocida, habíase quedado sola y libre en los dominios del judío Anton, pues su compañero de aventuras, Martín, había sido enviado, más por fuerza que de gana como antiguo servidor del rey, al comando de los cien hombres de refuerzo que la villa imperial estaba obligada a mandar como resguardo en los presidios de Chile.

Por de contado Pepinilla ya no era la de la saya y mantilla de esparto. Este ajuar que había reemplazado a los raídos y abigarrados trajes de gitanilla con que recorría tocando las castañuelas en Valencia, fue a su turno sustituido por el faldellín de brocado, el jubón de raso acuchillado de terciopelo, las medias de grana y el zapatito de raso sembrado de lentejuelas. Había medrado en dinero y hermosura y así tenía galanes de todas edades y condiciones, como músicas nocturnas y presentes y comilonas.

Las malas lenguas dábanle gran acopio de dineros y no poca variedad de amantes, siéndole todos de la

clase más rica y poderosa, que nunca fue el faisán comida de pobres; pero dábale por el favorecido de su corazón, si es que los tuvo nunca, al vascongado Martín de Igarzábal, que sin duda se abrió camino, así por llamarse Martín como Ustaris, cuanto por ser tan sin alma y tan sin dineros como el otro.

Así las cosas, entró a gobernar la villa imperial el general don Álvaro Patiño, como corregidor de Potosí y con este muy plausible motivo preparó la villa grandes fiestas, así en muestra del fausto potosino, como en señal de acatamiento a las recomendaciones de S. M. el rey Felipe III.

2

Y era el caso que entre los señores copetudos que formaban la aristocracia potosina, contábase al orgulloso don Nuño Enríquez, sombrío y hosco personaje desde que lo había dejado solo en el mundo, la hermosa doña Blanca Meneses, su esposa.

El buen don Nuño, vivía en su alojamiento suntuoso enteramente consagrado al cuidado de su hijo único Nicolás Enríquez, conforme a las costumbres de aquel tiempo.

Y consistía aquel cuidado en dejarle crecer a sus anchas, haciendo su soberana voluntad, entre la servidumbre cuyos hábitos, propensiones, vicios y defectos, adquiriría maravillosamente, haciendo sus primeros ensayos en cartas y amores, entre palafreneros y fregonas.

Derrochador, pendenciero, dado a las galantes aventuras a que se entregaba a hurtadillas, con cierto apoyo de su padre que encontraba virtud y hallaba gracia en cuantos malos pasos y zarzales se enredaba su hijo, era el mancebito a los diez y ocho años, una verdadera alhaja.

Claro está que había de ser asiduo rondador de la Pepinilla, y bien que ésta no excusase nunca el recibir sus dádivas y escuchar sus músicas, no por eso era con él condescendiente y blanda, poniéndole a raya con mucho donaire, siempre que el don Nicolasito intentaba coger diezmo o cosechar de sus siembras.

La resistencia aviva el apetito, y más en gente no acostumbrada a las contrariedades.

Picado se hallaba el orgullo del mancebito y tanto que esperaba solo una ocasión propicia para tomar lo que él llamaba su desquite.

Celebrábanse en esto las fiestas que trajimos a la memoria en el capítulo precedente y en la plaza del Regocijo, sobre tabladros cubiertos de ricos tapices y cortinajes y blasones, hallábanse las damas, magníficamente ataviadas y brillantes de pedrería, perlas y tejidos de oro.

Los balcones, ojivas y tragaluces, hallábanse cuajados de gente y colgados de damasco y lama de oro y plata. Solo uno permanecía desnudo y silencioso: el de la taberna del tío Anton, morada de la Pepinilla, sujeta a reclusión forzosa en su propio domicilio, por orden del corregimiento y en razón de ser causa, origen y motivo de una reyerta, habida la noche precedente bajo sus balcones y en que todos veían la maliciosa intervención del mancebito Enríquez, gran apaleador en pandilla de los alguaciles del cabildo y de los cuadrilleros de la Santa Hermandad.

Eran las tres de la tarde del martes 20 de junio de 1600. Los más gallardos criollos, con estacas doradas en la mano y sobre ricos potros, lujosamente enjaezados, rivalizaban en el juego de la sortija, con los españoles que en grupo aparte, se mostraban no menos ostentosos en jaeces y paramentos. El juego hallábase en su momento más interesante y entre los jueces del campo, se veía al orgulloso viejo don Nuño Enríquez, rodeado de sus pajes y lacayos y galoneada servidumbre.

De pronto oyóse un ruido extraño hacia el lado de la taberna del tío Anton y cuando todos volvieron los ojos, un grito de horror se oyó en la plaza y era que el vascongado Igarzábal asomaba a la balaustrada del balcón de la Pepinilla, llevando asido y alzado en alto por el cuello y el fundillo, al mancebito Enríquez y sacando el cuerpo fuera del antepecho, lo arrojaba a la plaza lo mismo que si fuese un fardo.

3

Preparado había el don Nicolasito todos los sucesos con infernal astucia. La riña de la noche anterior en que dejara adrede maltrechos a los ministriles. El soborno de las doncellas que asistían a la Pepinilla. La compra a buen precio del llavín co-

rrespondiente a la alcoba de aquélla. El brebaje destinado a entregarla sin fuerzas a sus amorosos arrebatos.

Pero contaba sin la huéspedea, porque el robusto vascongado que no acertaba a separarse mucho tiempo de la que amaba muy de veras, había concebido algunas sospechas y se mantenía en guardia puesto los codos sobre una mesa en la taberna del tío Anton, apoyada la cabeza entre las manos y el oído atento a los menores ruidos.

Así fue como a poco sintió rumor de pasos en el piso alto; luego creyó sentir un grito ahogado y luego los esfuerzos de una lucha.

Saltó de su asiento, subió en dos trancos la escalera y halló cerradas todas las puertas que comunicaban al pasillo. Aquél no era un gran contratiempo para un mozo de sus prendas. Al punto introdujo la punta de su puñal en la cerradura y a poco esfuerzo saltó la chapa. Arrimó el hombro a la segunda puerta a que habíanle echado el cerrojo por dentro y en breve se venció el arco, crujió y estalló.

En el fondo de la alcoba sostenía la Pepinilla desesperada lucha, venciendo en fuerza de voluntad los efectos del narcótico y puesto en la boca el nudo de un pañuelo amarrado en forma de mordaza.

El mancebito era fuerte y estaba ayudado por el demonio de sus pasiones excitadas que lo tornaban ciego y lo obligaban a mezclar amenazas y golpes a la violencia.

De pronto se sintió cogido con mano de hierro por el pescuezo y el fundillo, levantado en alto como una pluma, llevado hasta el balcón y arrojado con violencia sobre la multitud que llenaba la plaza.

4

Y cuentan las crónicas que en la misma hora y punto en que el viejo don Nuño vio a su hijo volando por los aires, dando una gran voz, trémulo y convulso dijo: "¡A mí los de Enríquez; y válgame Dios y su celestial corte!" Y corrió hacia la taberna seguido de los suyos, mientras las fiestas se interrumpían y la expectación embargaba los ánimos.

Antes que el viejo habían subido dos criados, ansiosos de mostrar adhesión que pagaron con la vida porque el membrudo Igarzábal habíales tendido uno a uno con el resto de su puñal mellado; pero a la

vista del viejo, flaqueó su valor y corrió a encerrarse en la alcoba a donde penetró el ciego de venganza don Nuño, forzando los cristales de la ventana. El vascongado poseído por el terror que le daba la conciencia de su falta, buscó asilo en el fondo de la cama con cuyas ropas hizo una cota; pero el terrible don Nuño cayó sobre él y no sació la sed de su encono, sino después de hundir y sacar diez veces tinto en sangre el puñal que blandía en la mano, después de lo cual y estando ya su contrario exánime, lo hizo coger por sus lacayos y arrojar por el mismo camino por donde cayera el hijo.

Ahora oigamos a Mnez. y Vela (anales de la villa Imperial de Potosí) que dice a la letra:

“Alborotóse la plaza; acudieron los criados y ministros del corregidor y también los amigos de Enríquez que eran andaluces y extremeños. Los vascongados clamaban: “¡Muera el malhechor!” Entraron unos y otros y se trabó una cruel batalla, en la cual mataron a don Manuel Patiño, hermano del corregidor y dos criados suyos: mataron a Sancho Ocoz y otros tres vascongados; hicieron sangrienta resistencia, cuando vino el corregidor. De los andaluces y criollos, murieron algunos y hubo más de treinta heridos.” (*Archivo boliviano*, por don Vicente de Ballivián y Roxas, página 324.)

La noche envolvió en su oscuro manto aquella escena de horror y de matanza y la sangre coagulada manchaba las estancias y escaleras, no sin que hubiese algunos charcos en la taberna.

El pueblo indignado pedía el castigo de la Pepinilla y del tío Anton, pero cuando acudieron con hachas y linternas, nada encontraron sino los cadáveres, aunque registraron el último rincón de aquella funesta morada.

5

Corrió el tiempo que pone bálsamo en las heridas, cicatriza las llagas del encono y hace crecer el musgo sobre las tumbas.

La taberna del tío Anton, que había sido cerrada y sellada por el alcalde, ofrecía el aspecto de una ruina, asilo de duendes y espíritus malignos. Las casas vecinas solo eran ocupadas por gentes de pelo en pecho y de aventura abierta y no pasaban los

transeúntes después del toque de ánimas, sin sanguijarse piadosamente.

Pero te veo lector ansioso por saber en dónde pararon la Pepinilla y el tío Anton que no parece sino que se los había tragado la tierra. Pues te lo diré yo, humilde, aunque veraz cronista de aquella grandiosa tierra de mis complacencias, donde vi la luz, donde reposan los restos de mis venerados padres y donde acaso reposarán los míos, si Dios fuese servido de darme sepultura donde me dio cuna.

Y cuenta don Antonio de Acosta, portugués de nacimiento, en su crónica de Potosí, mal traducida por don Juan Pasquier (tomo II, página 107), de cómo habiendo sido enviado el sacerdote criollo don José Huanca, a la villa y corte de Madrid, en demanda de arreglos para la iglesia potosina, fue agasajado y tratado a cuerpo de monarca, durante su estancia en la corte del señor rey don Felipe III, por la opulenta y hermosísima condesa de Campo Anzures que se parecía a la conocida Pepinilla, como una gota a otra, ambas de agua; pero que, por las reservas de su carácter sacerdotal y por el refrán que dice: "quien se mete en pleitos ajenos, pierde los propios" no se tomó el trabajo de profundizar la semejanza ni de estudiar el porqué siendo él extraño para la señora condesa, fuese tan liberalmente obsequiado por ella.

En cuanto al tío Anton que a todas sus gracias unía la de ser judío, sé de buena tinta que cayó en manos de la Inquisición en Lima y añadiré citando nuevamente a Mnez. Vela, lo que a la letra dice en la página 324 de sus anales: "El año 1604, se dio la sentencia de su causa. Allí se convirtió, salió desterrado a España; y estando en Sevilla, tomó primero el hábito de Santo Domingo, dejolo, porque le dijeron no lo merecía, pues era judío, y con toda humildad se fue al convento de Descalzos de Nuestra Señora de la Merced de mi señora santa Ana de la villa de Osuna, donde fue gran siervo de Dios y se llamó Fray Antonio de San Pedro".

GRANDEZAS DE POTOSÍ

DUELO EN CAMPO ABIERTO

Tiempos de hazañas cantadas
De galanes y doncellas,
En que el bien de merecellas
Se ganaba a cuchilladas;
En que gran mengua era el miedo
Y el mal hablar fue gran mengua,
Y en que deudas de la lengua
Cobraban las de Toledo.

1

A la sazón se llamó a bien vivir en su otoño don Pero Pérez Vadillo. Abandonado le habían a una, de la cabeza los sus cabellicos blondos; del pecho las tempestades; de la voluntad el temple; de los miembros la fuerza y del alma el valor, la energía y la pujanza.

Nadie conociera en tal ruina al capitán de los aguerridos tercios castellanos, audaz, camorrista y gran factor de levas para guarnición de los presidios de Chile. Ganó fortuna y perdió bríos. Pecadillos que purgar y punzadas de conciencia lo tornaron religioso y pío. No trataba sino a gente de cogulla y hopalanda, ni departía sino en las celdas conventuales, ni comentaba más que los salmos, ni pasaba las horas muertas si no fuese alternando el trisagio de los dominicos con el rosario de los agustinos y los ejercicios de la tercera orden.

Su casa fuera la de Orates, a no haberle heredado en vida todo su temple y sus bríos dos hijas suyas Martina y Clara, bellas si las hay, varoniles como Minerva, castas como Diana y celosas más que Juno, las cuales Martina y Clara cuidaban y manejaban la hacienda, mimaban al buen Pero Pérez, mudábanle de limpio, acepillaban la ropilla, rizaban la pluma de su chambergo, bruñían la hebilla de los gregüescos, cogían los puntos de sus calzas y poniéndole la capa en los hombros y el rosario en las manos, acompañábanle hasta la puerta encargando diera la vuelta antes de que el aire de constipados se desencadenase con el caer de la tarde.

Clara y Martina no tuvieron madre, es decir, sí la tuvieron, pero al darlas a la luz de la vida, la

perdió ella, no pudiendo resistir a tanta obra junta, de suerte y manera que tomando todo el jugo a su madre hermosa y toda la energía al capitán Pero Pérez, eran las dos muchachas un verdadero prodigio de fuerza y gentileza.

Brillaba entonces toda la grandeza de la villa imperial. Iban a España los tesoros y venían las ejecutorias y los títulos. Cruzaban el charco hidalgos con humos y sin lumbre, nobles tronados, caballeros de aventuras que salvado habían el porte y las maneras distinguidas en el naufragio de sus fortunas y transportado a la villa costumbres de porte y hábitos de holganza, creando en ella una grandeza fecunda en aventuras las más raras y dignas de inverosímiles leyendas

El lujo oriental con sus damascos crujientes, su tisú opulento, sus divanes mullidos, sus perfumes sensuales, sus celosías misteriosas, sus músicas suaves y sus literas doradas, había fijado allí su asiento. Las fiestas religiosas y las fiestas galantes y caballerescas, se habían repartido el año entero. La discreción era tan obligatoria, como el recato para sus damas, las cuales, si reinas por el dominio, fueron esclavas por la honra, sin que por ello la humanidad fuera menos flaca y el pecado menos gordo, precisamente porque a mayor peligro mayor incentivo y porque el misterio seduce y lo desconocido fascina.

Durante la noche misteriosos asilos, templos destinados al placer muelle, a las angustias del azar, a las concupiscencias todas, se abrían con esplendor, lucientes, embriagadores por las resinas humeantes, arrobadores por las músicas sin estruendo, en donde reinaban las cortesanas más garridas y donairo-sas, chispeaban los vinos generosos y se cubrían de oro los tapetes de color de púrpura y de color de musgo.

Allí los lances y las disputas, los celos y la codicia que no permitían ociosidad a los aceros y ése era el mayor incentivo entre pendencieros, que el serlo era de rigor en la imperial villa, de suerte que nunca pensaba si saldría con vida quien entraba a ellos ileso y el corregimiento encontraba en las callejas vecinas, noche a noche, sangre sin víctimas, indicios sin cuerpo de delito, hechos sin testigos de vista, porque la justicia ignoraba adrede o cegaba de oficio y se cuidaba muy mucho de tocar el vicio

encarnado en infanzones, títulos y gentes de encomienda o de doblones.

2

Son mozas, vinos y naipes
El mundo, demonio y carne.

Damasco de seda cubre una mesa cuajada de bujías, de vajilla de plata y manjares apetitosos. Peliceros de filigrana de oro perfuman desde las talladas rinconeras; la lumbre lame saliendo en lenguas rojas las rejillas del brasero cubierto a guisa de ánfora; tapiza el suelo oriental alfombra y lienzos con recama y borlas de oro, paredes y techumbres.

Alonso de la Viezca, hidalgo y aragonés apuesto y gentil, y más gentil y apuesto, quisquilloso y vano, refiere en corro como de uso y norma sus aventuras galantes; enumera sus víctimas de amor. Ésta se rindió desde luego, esotra resistió tantos días; la de allí se vendió cara, la de acullá, en fin... solo las de Pero Pérez hidalguillo de una mano a otra, necesitaron asedio, escaramuzas, idas, venidas, antes del asalto.

—¿Y cómo hubo de ser —argúyenle los oyentes—, al a más de altivas y hermosas, son la flor y nata de la honradez criolla?

—Pues, siéndolo —ruje el de Viezca— y fiando por ello mi palabra y mi acero y Nuño mi hermano que emparejó conmigo en la jornada. —Así es la verdad— asienta el aludido, estirando de mala gana los zancazos hacia la lumbre. —¡Mentís como villanos! —truená una voz entre el corro, y lucen las tizonas y chocan las hojas y se oyen juramentos y jadeos e injurias, y en fin, un ¡Dios me ampare! que pone a todos en fuga y a los ministriles de la ronda en el trance de recoger un cadáver cruzado por dos hojas enterradas hasta el puño.

3

Cubre a los muertos la tierra
Y de color de esperanza
Brota en las tumbas la yerba.

Y pasó la noche, encubridora de amoríos naturales y auxiliar de legítimos, cómplice de ladrones,

49

escogida de asesinos, ansiada de tahúres, temida de enfermos desvelados. Noche siniestra en que el aire helado se cuele por las rendijas y se queja y gime con ecos de tumba y en el cielo oscuro corren, corren los nubarrones y semejan la bóveda rodando en solemne silencio hacia el abismo.

El amanecer de un día de mayo en la imperial villa es propio suyo; el sol asoma reverberante por el fantástico cerro cerca de la cumbre y baña de flanco las techumbres, los ajimeces, los campanarios, las cúpulas. Brillan a una los mil colores de desmontes mineros que matizan aquella mole cónica cuyas anchas bases abarcan la extensión entera del pueblo, y su cima se destaca gallarda y atrevida en un cielo azul diáfano que cubre la ciudad tendida a sus faldas como inmensa urna de turquesas limitada por el horizonte. La escarcha del pavimento espejea a los rayos solares y cruje bajo las plantas; las fuentes, los pilones, los abrevaderos muestran cenefas y flecos y estalactitas y prismas cristalinos. La imperial villa reposa arrebujaada entre colchados de damasco y velludillos de Castilla, y despierta del dulce sueño de la madrugada al tañer de las campanas conventuales que vibran agudísimas, templadas por el helado cierzo cobijado entre sus cóncavos.

Allá, a lo lejos suena el caramillo y la tambora de los *Danzantes*, parodia de caballeros armados a la antigua usanza que velan la Santa Cruz durante el mes entero, trasladando el altar de un barrio a otro, a solares amplios que cobijan abigarrada muchedumbre ahita de frituras y aguardiente. Las cocinerías y figones alivian de ceniza las hornillas y avivan la lumbre amortecida, mientras en las cercanías del mercado y a lo largo de la muralla inmensa y maciza a manera de feudal castillo de la casa real de Moneda, se establecen puestos de venta de pastas blandas y dulces de frutas o de leche, ocas y batatas congeladas en la madrugada, llamadas *thayas*, especialidad que con la espuma de la leche escarchada, son el regalo y gusto de los hijos de la villa de Carlos V.

Huyen las brumas, se espereza la servidumbre en los hogares, se abren crujiendo los postigos de las enormes portadas y comienza el ir y venir y saludarse entre sí de las mozas que murmuran y de los mancebos que forman corro a los noticieros de desaguizados, pependencias, cuchilladas y malas muertes

habidas al amparo de las sombras, merced a la inopia de los alcaldes y justicias.

4

Sobre un charco de sangre no bien seco, habían puesto manos piadosas esa mañana dos mitades de caña atadas en cruz, y los viandantes se apartaban respetuosamente, murmurando una plegaria. Decíase en los corrillos, que de resultas de un lance ocurrido en aquel sitio yacía muerto y había sido hallado por la ronda con dos heridas de mano de villano al parecer el buen don Sancho Gardeazábal, castellano e hidalgo sin deudos en la villa y tan bravo y generoso como pobre y sin valimientos, por lo cual, seguro, no se moverían los golillas en la averiguación del hecho y persecución de los fautores, reduciéndose todo a velar con honra el cadáver y a enterrarlo con pompa como a quien era y merecía. Tal cual lengua atrevida nombraba con misterio a los Alonso y Nuño de la Viezca, hidalgotes de mucho haber y gran privanza ante el Exmo. señor don Juan de Mendoza y Luna, marqués de Mon-Claros, undécimo virrey del Perú, por lo cual guardábales fuero y consideraciones de alto precio el corregidor de la villa, general don Pedro de Lodeña décimo de los de Potosí, no sin que a la continua se levantaran murmuraciones clamando contra predilección tan poco honesta.

Decíase, *item* más, que el buen Pero Pérez por agravios secretos recibidos de aquellos mancebos deslenguados, había desempolvado su tizona de los buenos tiempos y pedido a ellos desagravio honroso, oído lo que mandaron sus lacayos le dieran una corrida de varas como respuesta única. Y decíase, finalmente, que a contar de entonces, habían desaparecido de la villa, Pero Pérez y sus dos hermosísimas hijas, sin dejar rastro por donde se pudiera averiguar su paradero o asiento.

5

Aunque el malo por sus artes
Quede impune, no se halague,
Si Dios está en todas partes
¿Dónde irá que no la pague?

Empero el corregidor Lodeña, no era eterno, ni más bien frágil mortal como se vio por su falleci-

51

miento repentino, mano de Dios en forma de pulmonía tan aguda que no le alcanzó la extremaunción y, aún más potente, por el nunca disimulado contento con que acogió la noticia de su muerte el vecindario villano, exceptuando los de Viezca que no andaban muy en paz con su conciencia. ni realengos en sus deudas de la honra. Undécimo en número entre los corregidores, entró a gobernar Potosí por los años de 1607 el general don Pedro de Córdoba y Mejía del orden de Calatrava, sucesor muy bien venido y mejor estimado, más en contrario modo a su antecesor y ganoso de haber renombre de justiciero, no menos que de hidalgo varón, amigo de fiestas ostentosas, de galas y saraos, así para recreo y esparcimiento de nobles y poderosos pependencieros; cuanto para ganancia de artesanos, mercaderes y muchedumbre que se beneficiaba recogiendo la copiosa sangría que por ende caía en hilos de plata y doblones de a ocho desde lo alto de los palacios y solares blasonados.

No cortar el vuelo sino dar más bien alas a la vanidad de los ricos criollos, no entrabar sus placeres bizantinos ni poner coto a su afán de lucir y sobreponerse los unos a los otros, en contrapunto con las naciones de vascuences, andaluces y castellanos, fue la muy sesuda traza del nuevo corregidor que tenía por máxima: "limpiando de pedruscos la corriente, no hay miedo de que salte, ni suene, ni reviente".

Así, rezan las crónicas, que amortiguaba rencores dando ocasión a torneos y juegos de cañas y de sortija, a comedias y autos donde echaban el todo y el resto los caballeros, lucían sus galas, su hermosura y su discreción las damas honestas y su lujo y donaire, las comediantas, las juglaresas y las hadas mágicas, adorno de orientales estancias e imán de misteriosos cultos que ha visto el juicioso lector en capítulos precedentes.

Gobernando él, dice el honrado y fidedigno cronista don Bartolomé Mnez. y Vela "hicieron los manebos potosinos aquellas memorables fiestas de cañas, sortijas, máscaras y otros festines que refieren los autores y yo referiré en mi Historia con toda particularidad, pues es muy digno de especificar la suma grandeza con que celebraron tan ricas fiestas; y fue el motivo de tanta magnitud el haber notádoles los vascongados a estos caballeros criollos la corta destreza en gobernar un caballo en los rego-

ellos y que no sabían discurrir ni acomodar galanas invenciones. Indignáronse honradamente los criollos con sus émulos y dispusieron celebrar estas generales fiestas; hubo seis días de comedias, ocho de toros, tres de saraos, dos de torneos y otros juegos, seis de máscaras con variedad de representaciones en que los famosos potosinos salieron en ellas con exorbitantes gastos y lucimiento que admiraron las galas, joyas y pedrería con que cubrieron sus personas y también sus caballos.

"Eligieron por mantenedor del juego de sortija a don Francisco de Arsaus Dafifer y Solego, del orden de Calatrava, natural de Potosí, de edad de veinte años, hijo de don Fernando de Arsaus descendiente del duque de Alba. Entró con toda su cuadrilla que se componía de cuarenta bizarros y relumbrantes de joyas, mancebos potosinos y venía en un poderoso caballo morisco de pintada estampa, armado de finas armas y sobre ellas un precioso vestido bordado de damasco azul, sembrado de muchos diamantes, esmeraldas y rubíes; en su cabeza un fino casco y en él muchas plumas verdes, azules y encarnadas que salían de unos troncos de oro fino y en su brazo el escudo donde estaban pintadas sus armas sembradas en ellas muchas piedras preciosas; estaba también un lucero de diamantes con los rayos que llegaban a sus armas y abajo esta letra: *Desde el Alba vine aquí*. El hábito de su profesión estaba hecho de muy ricos rubíes; la silla era de filigrana de oro así como los estribos; las crines del caballo y la cola enlazadas con perlas y vistosas cintas. Los cuarenta mancebos venían vestidos con coletes de ricos antes bordados de oro y aljófara, sombreros con cintillos de diamantes y plumas de variados colores, jaeces bordadas de oro y perlas", etc., etc., y punto a la copia para no alargar más esta historia con episodios, aunque supieran completarla y engalanarla.

6

Se tu non fossi un Angiolo di Dio,
Ma uno spirto d'Inferno,
Con te v'andria in eterno
Al ciel direbbe addio...
Se tu non fossi un Angiolo di Dio.

En esos mismos regocijados tiempos se había hecho proverbial en la villa el *Minué de la condesa*.

Al blando son de la música compuesta por Gutierre de Gumiel, el apuesto príncipe de la melodía, creador de inmortales gavotas en honra de ella, que fue vida de su vida, danzaban ocho parejas entrevero de belleza, gracia, gallardía y riqueza en medio de otras muchas que suspensas formaban marco viviente del incomparable cuadro. Mas, como el lucero que roba las miradas aunque el cielo se encuentre cubierto de estrellas, la condesa de Tudela del Río atraía la atención de especial manera con el amor de los mancebos, sin el rencor de las doncellas, pues así el merecimiento impera sobre las emulaciones cuando es de buena ley y lo cobija una no fingida modestia. Llevada de la mano por gentil caballero ninguna en su caso cadencioso y lánguido derramaba más noble gracia tocando apenas los pies de ninfa calzados de seda y realce con alto contorno rojo, el blando tapiz de la India mullido como el musgo. Ninguna inclinaba en las venias rítmicas de las danzas con mayor donaire su talle de ninfa y su cabeza de rizos áureos presos entre cintillos de diamantes, entornados los grandes ojos oscuros, entreabierta la boca como flor de granada cuajada de perlas y todo en rostro de suaves líneas, pálido blanco como el lirio de los valles y fresco como la flor del espino silvestre; y, finalmente, ninguna emanaba como ella al mismo tiempo de ese conjunto de perfección y limpieza, efluvios de emperatriz augusta y vagos perfumes místicos y languideces de sultana que formaban embriagadores ambientes en torno suyo...

Gemían amores los violoncellos de Gumiel; las dulces flautas, las violas tiernas, el templado timbal poblaban de aquellas notas celestiales que dan al áulico minué sabor de danza de semidioses, el ámbito saturado de pebetes orientales. Formaban rompieses diversas en la regia estancia los jardines de artificio y los grandes búcaros de la China con rarisimas plantas en forma de abanicos, de guirnaldas o plumeros multicolores, entre cornucopias de cristal con marco de plata cincelada y coronadas de geniecillos los cuales juntaban en la techumbre jirones de tul estrellado de recamo en cielo turquí de raso damasquino.

Disputábanse el favor de la condesa con mayor empeño que otros, pues ninguno pudo llamarse ileso de amor por ella, nada menos que el visitador eclesiástico de Indias, hidalgo linajudo, injerto de abate y de soldado por el vestir y por el talante,

teólogo y compositor de farsas teatrales y loas a la Virgen y anacreónticas a las damas; cumplido, en fin, como galán y como bravo; el alcalde mayor de la villa don Antonio de la Rúa, doctor *in utroque*, tenido en opinión de sabio y justiciero y aunque maduro si los hay, tierno y blando a los ojos de aquella real señora; el más rico minero y azoguero como se decía a la sazón de los de Potosí don Paulo Ponce de León, hombre de gran predicamento por sus liberalidades con el rey y la corte, sus ostentosas fiestas y su largueza con los menesterosos y los pobres, si hubo nunca pobres en el asiento de la plata y por fin, el mismísimo don Pedro de Córdoba y de Mejía que no por ser corregidor había de ser más fuerte que los otros en estos achaques por ende más resistente al imán de aquella condesita que no de Tudela del Río, había de llamarse sino del coro de los querubines, para cumplir justicia a su bondad y su hermosura.

Mas si a ninguno daba prendas, a ninguno daba que lamentar desdenes, pues ajena a las liviandades del amor propio resbaladizo, se abroquelaba firme en su recato y repartía por igual los dones de su afabilidad y cortesanía, de suerte que por esto y por aquello gozaba de influjo sin límites entre el poder, la justicia y la fortuna y era el empeño más socorrido para los maltrechos y los acuitados que buscaban amparo en ella o sagrado en sus solares.

7

Muy a pechos y con prudente sigilo había tomado, pues, persona de tan altas partes la causa de Pero Pérez y de sus discretas y valerosas hijas y llevado a la corte de España por ellas mismas y con abundoso acopio de recomendaciones, el memorial de queja y demanda de justicia del rey don Felipe III o más propiamente del duque de Lerma su favorito entonces. Empero las pruebas no existían ya, ni los testigos, ni era dado reabrir sumaria, ni volver sobre cosa juzgada removiendo odios mal apagados y recelos de jueces y resistencia de familias pudientes y bien emparentadas en la corte, sin contar el riesgo de echar lodo sobre la memoria del nunca bien ponderado don Pedro de Lodeña, deudo de los duques de Uceda, de forma y manera que necesitábase echar empeño y lastre para alcanzar un

medio extralegal de castigo, purificación de afrenta y devolución de honra, y el empeño fue echado por la condesa con la enormísima ayuda de sus caballeros de sarao y minué que se miraban todos en el espejo de sus ojos y consentido hubieran en dar los suyos y su sangre entera para servirla.

8

Si marchitó la fatiga
De tu hermosura las galas,
Es que Venus te castiga
De haber imitado a Palas.

¿Qué acaecimiento había sobrevenido que así en la villa hormigueaba la gente en calles y plazuelas y no se daban punto de reposo cocineras, marmitones y ganapanes en las hosterías, los mesones y las posadas llenas de forasteros hasta el pajar, los graneros y el cobertizo?

¿Por qué se levantaban a toda prisa tablados, galerías y anfiteatros en la extensísima entonces plaza del Regocijo? Y, finalmente, ¿por qué había llegado a Potosí el presidente de la real audiencia de Chuquisaca, con algunos oidores y no pocos nobles y togados con equipajes de gala y arreos de gran fiesta?

Lo declaraba todo en sus cabales un cartel encabezado con letras gordas por esta saludable advertencia: "Pena de ocho días de reclusión si hidalgo y de cien azotes si villano, a quien despegase, borrarse o rompiese este edicto que yo don Guillen Abasto, notario y fiel de fechos, publiqué en cinco plazuelas a son de cajas y clarines y fijo ahora aquí por orden del Exmo. señor corregidor de esta villa".

El edicto rezaba cómo el señor rey don Felipe tercero de su nombre queriendo hacer merced y justicia, restablecía por esta única ocasión en honra de la imperial y fidelísima villa de Potosí, el abolido recurso de final sentencia en *Juicio de Dios*, así por dar amparo a las acorridas hijas del leal capitán de los reales tercios don Pero Pérez Vadillo que padecieron agravio en su honra y nombre de honestas doncellas, cuanto para dar a los fijodalgos don Alonso y don Nuño de la Viezca motivo y palenque para limpiar la suya de sombras y nubes con que la empañaba la sorda y popular murmuración contra ellos. Para todo lo cual señalaba el Exmo. señor corregi-

dor, el octavo día después de publicado el edicto para que con toda pompa y solemnidad se preparase y llevase a cabo la justa en que los citados hidalgos Alonso y Nuño de la Viezca serían los mantenedores y combatirían uno a uno o ambos a dos con cuantos se presentaren armados caballeros aceptando el acto, hasta que Dios fuese servido de darles victoria o se viesen ellos en trance y punto de confesarse vencidos y ofrecer desagravio como cumple hacerlo a leales caballeros e hidalgos bien nacidos.

9

Y sucediéndose los días y las noches entre crepúsculos, llegó por fin el octavo deseado, en el cual veríase la resurrección de prácticas de otros siglos y edades. Iba al cabo a pronunciarse el *Juicio de Dios* en duelo singular en asunto que por ser ya fábula del pueblo tendría acaso remate de feudal leyenda.

La plaza del Regocijo despejada entonces de lo que ogaño ocupan mercado y abasto hasta Munay Pata, estaba cercada de empalizada circular formando palenque cubierto de finísima arena sobre endurecido pavimento; las graderías construidas para el pueblo hallábanse al poniente adornadas con cenefas de vivos colores y oriflamas en elevados mástiles, los gremios de mineros y artesanos ocupaban los asientos superiores engalanados con vistosos trajes de fiesta y los indios del cerro y de las labranzas con sus jubones de pana, la irizada *chuspa*, el poncho tejido y la montera con lentejuelas doradas, así como las indias con sus túnicas de velludillo, *ojotas* plateadas y piernas relucientes de limpieza, ocupaban el tendido y las trincheras en donde se habían acopiado viandas, bebidas y licores. Al oriente se levantaban las galerías de la nobleza y de la fortuna magníficamente engalanadas con fachadas de ingeniosa invención y colgaduras de damasco y terciopelo guarnecidas de oro y aun recamadas de piedras preciosas para indicar blasones y armas. En una más elevada y más amplia en forma de tienda cuadrangular techada con raso rojo y plata, rematada afuera por una gran corona imperial de oro, colgaba desde la testera el terliz real con las columnas de Hércules y los leones y los castillos del escudo sembrados de esmeraldas, topacios y diamantes.

tes y encima de la gran mesa cubierta en su extensión hasta el suelo, ricos cojines de terciopelo galoneados de oro con amplias borlas en las puntas, para las mazas de plata cincelada rescostadas con autoridad encima. En ésta habrían de colocarse el corregidor, el presidente de real audiencia, los oidores y dignidades del clero y los alcaldes y altos empleados de la casa real de Moneda. En los costados opuestos sur y norte, alzábanse a ras del suelo, en forma de truncados conos, dos pabellones lujosos coronados por caprichosos estandartes y seguidos de reducidas caballerizas para dos o más corceles de batalla. Delante del primero estaba fija en el suelo una lanza con banderola amarilla y azur como el campo del escudo que estaba en la fachada de la tienda, con el águila destrozando con pies y garras una serpiente, que eran en cielo de gules, las armas de los de Viezca. El segundo permanecía cerrado por una cortina en que se veían solamente bordadas sobre plata, una balanza y una espada bajo los rayos del ojo de la Providencia, mote en torno: *El Dios de justicia protege la inocencia.*

El día 29 de junio que era el de los santos apóstoles Pedro y Pablo, después de la misa mayor de la una y de la plática sentidísima sobre el caso del día del siervo de Dios fray de Manzanedo, cuajóse la plaza de gente dejando libre el ancho estadio y los anfiteatros del pueblo pintoresco por los colores de los trajes y de los vistosos mantos; las galerías se llenaron de damas que semejaban racimos de escogidos encantos engarzados en piedras preciosas, y vestidos de tisú y brocato, y, en fin, ocuparon en la tienda anchos sillones, corregidor, oidores, nobles y dignatarios con gran uniforme y hábitos y encomiendas de diferentes órdenes. En una tribuna especial en forma de cátedra, sentábanse el juez de campo y presidente de la justa, don Álvaro de Olmar y Alcete, marqués de Casariego y deudo de los condes de Lemus, gran perito en achaques de torneos y de juegos de cañas y conecedor de las leyes y reglas de la antigua caballería, y como asesores suyos a mayor abundamiento, dos aguerridos capitanes de los tercios de Flandes, y guardando sus flancos y respaldo, crecido número de alguaciles a caballo y a pie, prontos a su mandato.

En esta disposición y dada la señal con estruendo de obuses, abriéronse de par en par las porta-

das, sonaron los clarines y las músicas y por el lado de la Moneda entró en la plaza una gran cabalgata de apuestos mancebos criollos y castellanos lujosamente ataviados, yendo a su frente don Alonso y don Nuño de la Viezca, a los cuales seguíanlos sus escuderos llevando del diestro los caballos de batalla con penachos de plumas, pretal y gualdrapa de terciopelo bordado de oro, silla y estriberas de plata y en la siniestra mano escudo y lanza de repuesto para sus señores. Dos veces recorrieron el palenque en torno saludando al corregidor y su corte, al juez de campo y rendidamente a las damas y aun al pueblo que bueno y generoso siempre en donde hubo sana tradición de costumbres y santo temor de Dios, henchíase de satisfacción con todo cuanto era o significaba valor y nobleza de sentimientos y estallaba en vítores y aplausos con la intención más recta. Hecho lo cual saludáronse a la vez caballeros y comitiva, se alejó ésta a buen paso por la salida abierta y entraron aquéllos en el pabellón destinado a los mantenedores señalado con las armas y la pica fijada en tierra, ostentando los colores de la casa de Viezca.

Resonaron de nuevo los clarines y apareció un heraldo a caballo con riquísima cota, sobre vesta dalmática y riquísimos jaeces, seguido de lacayos con librea oro y azul, el cual, heraldo a son de trompeta y en cuatro distintos puntos señalándose por los cardinales, lanzó el siguiente reto, dejando en el último tirados los guantes:

“A pie o a caballo, con espada o con lanza, nos los hijo dalgos de la casa y solar de Viezca, don Alonso y don Nuño, citamos y retamos a singular o conjunta batalla, a cuantos intentasen dudar de nuestra honra, procederes y buena fama o tomar quisieren la defensa y patrocinio de las presuntas agraviadas damas cuyos nombres se omiten por respeto y en homenaje al juicio de Dios que ha de presenciar el trance desde su trono excelso. Por segunda, tercera y cuarta vez, se os reta, caballeros, con o sin la faz cubierta, con o sin la visera calada y sin obligación ninguna de declarar nombres, ni ostentar leyendas en los escudos, en señal de lo cual se os arroja el guante por mis manos, pública y solemnemente a la faz del mundo.”

Desaparecieron heraldo y escuderos, reinó el silencio más completo y se avivó el ansia en los pe-

chos. ¿Faltarían defensores a la inocencia? ¿Tanto miedo causaban los alardes y apercibimiento de los mantenedores? ¿Sería verdad que Dios no acude siempre a los cuitados? Mas, he aquí que se corren de golpe las cortinas del pabellón silencioso y aparecen montados sobre poderosos corceles de Normandía dos caballeros armados de punta en blanco, con yelmo, escudo y cotas blancas, penacho de plumas de igual color y llevando por divisa en los broqueles, la espada y balanza de la justicia bajo los rayos del ojo de la Providencia. Solo las bandas cruzadas sobre el pecho los distinguen, siendo verde la del uno y roja la del otro. A paso medurado atravesaron el palenque si bien guiando gallarda y maestramente sus nobles brutos y llegados a la tienda contraria, dieron vuelta hacia el suelo sus lanzones y con el regatón ferrado primero y con la punta después, golpearon con tal fuerza los escudos de los Viezca que resonaron los golpes en toda la plaza, alejándose después de recoger cada cual un guante para situarse en el extremo del palenque.

A poco de ocurrido el caso, salieron de su tienda los mantenedores armados de todas armas sobre fuertes cabalgaduras, cota escudo y peto negros con su ya dicha divisa y mote con cimera de plumas amarillas y azules, llevando para distinguirse banda amarilla el uno y azul el otro. Avanzaron todos cuatro hasta mitad del estadio en donde rindieron las lanzas como caballeresco saludo y luego tomando distancia y eligiendo cada uno a su contrario de modo que el de la banda verde enfrentase con el de la azul y el de la amarilla con el de la roja. A la primera señal de los clarines, abajáronse las lanzas; a la segunda partieron los cuatro combatientes al escape y chocaron entre sí con grande estruendo, mas sin resultados. Crujieron las lanzas e inclináronse los caballos casi hasta tocar con las ancas el suelo, mas no perdieron los jinetes ni silla, ni estribos, corriendo luego a tomar distancia para retornar con mayor furia; el choque fue entonces horrendo y echó fuera de la silla al caballero azul rodando al mismo tiempo con su caballo por el suelo el caballero rojo. Acudieron los escuderos en su auxilio, pues no le permitían alzarse solos el peso de su armadura, pero arrojando los otros dos los restos de lanzas destrozadas y echando pie a tierra, llevaron todos cua-

tro manos a las espadas y se entabló la batalla terrible, desesperada, a pie sobre la arena, que en breve rato quedó sembrada de plumas tronchadas, fragmentos de broqueles y armaduras, teniendo en suspenso, a los espectadores y con ansias de muerte a la condesa y sus caballeros que seguían con ojos espantados las divisas verde y roja en medio del entrevero, con el alma en Dios y la plegaria en los labios. En tanto los golpes redoblaban y las espadas caían ya como mazas cogidas a dos manos sobre los yelmos; se escuchaba el jadear de los combatientes que se ahogaban bajo la armazón de acero hasta que los de verde y rojo vacilando primero y flaqueando visiblemente casi a la vez, cayeron sin sentido sobre la arena, seguidos del lamento universal.

Rápidos acudieron los alguaciles a la voz poderosa del juez, para poner término a la lucha, pues el *Juicio de Dios* estaba pronunciado y los escuderos debían conducir a sus rendidos señores a su aposentamiento. Mas, en medio del pasmo general y al alzarse la visera de los exánimes caballeros, para darles aire y hacerles aspirar sales y reactivos, vióseles el rostro bellísimo y la varonil aunque hechicera expresión de las doncellas de Pero Pérez, aún más hermosas por su palidez y por las sombras que producían en ella, las largas pestañas de sus párpados entornados. Acorriéronlas a una las principales damas, y el corregidor y el presidente de la real audiencia y allí en la solemnidad del momento, puestos de rodillas ante ellas los vencedores alentando apenas, dijeron con extremos de dolor no disimulado sino real y efectivo estas o parecidas razones: "No permita Dios que caiga sobre nosotros la horrible desgracia de haber dado muerte inmerecida a la flor de la hermosura y al espejo de la honradez y sí más bien nos dé ocasión y manera de borrar agravios y limpiar la fama de estas purísimas doncellas dándoles con el corazón y el alma, mano, fortuna y nombre, aunque el suyo fuese ya honrado por el hidalgo capitán su padre en defensa de su Dios contra infieles y de su rey contra rebeldes". Lo que oído por todos, causó inesperado regocijo y contentamiento, más cuando los padres de San Juan de Dios, que halláronse presentes como en todos los casos de muertes y heridas, por lo cual y sus estudios y práctica fuesen tenidos en alta opinión de físicos eximios, decla-

raron que solo era fatiga y desmayo y aseguraron con oportunos cordiales el pronto restablecimiento de las maltrechas y valerosísimas doncellas.

Una brillantísima comitiva entraba, pocos días después, en el templo de San Lorenzo, adornado con lujosas colgaduras, ángeles y flores de variados esmaltes, cargando los altares las margaritas de Esquiri, los claveles de Huarmi Molino y las azucenas y mosquetas de Cayara, y tapizando el suelo las misturas olorosas entre el musgo de las alfombras tejidas en el Cuzco. El órgano resonaba majestuoso, abiertos todos sus registros hasta el trémolo bajo que hacía temblar las vidrieras; el incienso se elevaba en espirales blancas y diáfanas hacia el cielo, mientras por las ventanas de la media naranja, entraba un rayo de sol aprismado por los vidrios de colores, y caía sobre el juvenil y amabilísimo grupo que formaban Clara y Alonso, Martina y Nuño, apadrinados por la condesa de Tudela del Río, la marquesa de la Riega, el general corregidor de la villa y el presidente de la real audiencia de Chuquisaca.

Y cuentan las crónicas que, así fue el echarles las bendiciones el vicario y provisor de la imperial villa, como el echarse a vuelo las campanas y el sonar de los obuses, los petardos y los vota fuegos y la alegría del pueblo siempre honradamente unido a sus señores en los días de prueba. Añádese además que en esa velada, el *Minué de la condesa* fue como nunca divino, pues se excedió Gutierre de Gumiel en la "Gavota de la boda", los mayordomos en el adorno de las estancias, las costureras en la hechura de los trajes, los judíos en el arreglo de las joyas y los reposteros en el de los dulces, pastas y mistelas de ámbar, vainilla y néctar de siete leches.

Así el *Juicio de Dios* no se patentizó entonces con el triunfo de la destreza o de la fuerza, sino con el de la equidad por el arrepentimiento, pues más hace el tocado de la gracia, que el fuerte y el temido, como en verdad para los tiempos postreros lo acredita el cronicón que mediante nuestro afán de exhumar reliquias de antaño, llegamos a la sazón a presentar con indocta pluma a los pacientes y bondadosos lectores de estos viejos recuerdos potosinos.

LA BELLÍSIMA DONCELLA FLORIANA ¹

Si el santo Dios nos hizo toda cosa
Por contento del home e su regalo,
Fizo, otro sí, la fembra peligrosa
Porque se adunen siempre bueno y
[malo.

Loado sea el Señor que hizo toda cosa, amén; mas en la presente ocasión, unos tragos de vino viejo, de ese que un vate anacreóntico llamaba "néctar divino y a quien otros llaman vino porque nos vino del cielo", no nos sentarían mal y quizá fueran del caso, en estos tiempos anémicos y sobre tanta salsa untuosa como nos sirven a diario, conforme con la cocina literaria del "poligusto" a la sazón reinante.

Yo respondo de que este cuento de la Floriana es viejo, pero me lavo las manos en cuanto a que sea rancio como el vino en que nuestros abuelos ahogaban el succulento estofado oliente hasta trascender a exquisito, de tal modo que abría la gula apetitosa de la vecindad y ponía en peligro de antojo a cuantas llevaban en su seno el milagro vital, obra de varón que multiplica enteros sin necesidad ni auxilio de la tabla pitagórica.

Ello, algo había de ser cuando, malgrado los tres siglos y pico que van corridos desde los fines de 1598 hasta los principios de 1905 que hoy, mediante Dios, alcanzamos, aún se conserva en tierra potosina viva la tradición de Floriana hermosa, Floriana que vivió y murió doncella contra su deseo e inclinación manifiestos y contra la aún mayor de galanes y devotos, sacrificados en sus aras como en las de una verdadera Anadyomena venida al mundo bajo el influjo y poder de las estrellas aciagas.

No en vano el verídico cuanto donairoso autor de las Anuas de la villa imperial de Potosí decía que esta villa, además de sentir el poder de Júpiter y de Mercurio que daban a sus hijos, éste, sabiduría e inteligencia en sus tratos y comercio, y aquél, magnanimidad y ánimos sumamente liberales, sufría el predominio de Venus y de Libra

¹ Sobre igual asunto hanse publicado varios escritos, y el más ingenioso el de Nataniel Aguirre (doctor y poeta de grata memoria), pero todo ardido y fantástico. La verdad es ésta, comprobada.

que los tornaban cariñosos y amigos de músicas y festines, dados a recoger y disipar riquezas, y más que eso, inclinados a los gustos de Afrodís y a los cultos Adonisios.

El caso de la Floriana serviríale de testimonio fidedigno, si no hubiera innumerables otros en aquella tierra de grandeza, de opulencia, de tradiciones real y verdaderamente maravillosas. El citado cronista, que no es más ni menos que Bartolomé Mnez. y Vela, dice apenas en sus anales: "Este mismo año sucedieron los extraños casos que refieren los autores de la bellísima doncella Floriana". Otros hay que hablan de igual asunto sin mayores copias y sin método. Fray Antonio Calancha, erudito chuquisaqueño, escribió en 1639 su *Crónica Moralizadora*, y a pesar de ser él, fraile y de ser su crónica moralizadora, dice de la Floriana: "La vide tan donosa en la faz angélica y tan atesorada de dones en el mundano cuerpo, que ansí se iban a ella (Dios nos acuda con su santa guarda) la voluntad y el ánima, como hechizadas".

Y vivía la moza con su padre, espadero de oficio, no muy rico de bienes, ni de entendimiento, conocido por maese Alduna en el barrio de la condesa, y maese Alduna, si ajustaba hojas de Toledo a empuñaduras de cincel y contaba a veces en su parroquia a grandes y encumbrados señorones, no lo debía de cierto a su habilidad y a su artificio y menos aun a su índole aviesa, hurafía y recelosa, sino al atractivo irresistible de aquella hechura de las gracias, por azar hija suya, como lo son las blancas, fraganciosas flores brote de los espinos en el vivir del bosque.

Guardábala Alduna en casa que prisión asemejara, por lo alto y espeso de los muros y lo apretado de las rejas, las cuales tenían "*item* más", un alambrado a guisa de jaula para evitar, si acaso, el juego de las manos. Y eso que Floriana habitaba en lo alto y vigilada y bajo registro o requisa de objetos que pudieran servir para misivas. Y eso que no salía la niña sino en los días de fiesta y con su padre, a cumplir el precepto en la vecina iglesia de la Compañía de Jesús, ni confesaba sino en la cuaresma y solamente con el superior, que era un anciano ya huero de la memoria y muy lejos de las cosas de este mundo.

Con todo, y quizá por ello mismo, rondábanla los grandes y pequeños, cercábanla los poderosos y los ricos, cantábanle los músicos y los poetas y había ofertas de himeneo como si fuera caso o cosa de epidemia; pero todo se estrellaba en la voluntad de acero de ese hombrecillo a quien el corregidor y capitán general había dicho un día: “¿Y piensas tú, ambicioso, que esa hermosa flor se hizo para regalo único tuyo y de tu inaudita codicela?” “Vea vuesa merced, señor marqués —había contestado Alduna—, vea por su gobierno y cuide de su hacienda, que yo me gobierno solo y cuido de la mía.” Lo que haciendo morderse los labios, obligaba al marqués a seguir su camino, diciendo para su capa: “Con soeces y villanos, quietas la lengua y las manos”.

Y era la noche y noche de estío, lo que en la imperial villa significa no caer la helada y no soplar el cierzo de las pulmonías. Tibio el aire por ende, estrellado el cielo como manto de reina cuajado de diamantes, silenciosas las calles y las plazas, de en medio de las cuales surgen los altos edificios, las torres y las cúpulas, bañados por la luna, prestábanse las sombras e incitaba el reposo general a las aventuras y al siseo anhelante de los galanes en las rejas, jugando eso sí, a las escondidas con la ronda de corchetes y con los alcaldes del ilustre ayuntamiento vara en ristre, precedidos de jayanes con linternas y seguidos del indispensable fiel de flecos, por si hubiese actuación y proceso *mortis* o *amoris causa*, según la disposición de las pragmáticas.

Del fondo de las tinieblas salieron a la sazón dos bultos, y llegados a la reja de maese Alduna, después de una melodía de arpegios arrancados al laúd, cantó el uno, mientras acompañaba el otro:

Si por mi estrella tirana
Aunque muera, me es vedado
 Quererte, \

Sábelo al menos, Floriana,
¡Que no me arredra, si amado,
 La muerte!

La estrofa terminó con ruidos de tizonas desenvainadas. Una banda de mercenarios perdonavidas

cayó como llovida sobre el galán y el músico, no sin que ambos, a tiempo apercebidos, parasen con presteza los golpes, y los devolviesen certeros y con puños de maestro en el oficio. La espada del caballero se hundía en cada pecho alcanzado, mientras la del otro, menos segura de punta, echaba a rodar un ganapán en cada mandoble.

Un auxilio inesperado cambió la faz de la pelea. Dos embozados al parecer caballero y escudero, como los favorecidos, arrollaban menudeando golpes a la canalla, diciendo al jefe: "Apretad vos aquello, señor hidalgo, que yo me encargo de aquesto". Al mismo tiempo sintiéronse pasos de una ronda y las linternas alumbraron al volver de la esquina: "Ténganse a la justicia del rey", voceó de lejos el alcalde, golpeando el suelo con la vara e iluminando su golilla blanca a la doble luzalzada en alto por dos corchetes. Y mientras los matones ganaban a prisa la callejuela de escape, el caballero del embozo dijo al de la estrofa, a media voz y corrido: "Sabed, señor, cómo no me place, ni conviene ajustar cuentas con la justicia. Acorredme vos como vos acorrí yo en el malaventurado trance en que os hallé preso, y sea antes de que aquesta parvada de gavilanes nos caiga encima".

Cerraron, pues, contra la ronda, mientras el alcalde y el fiel de fechos y los golillas gritaban: "¡Favor al rey, vecinos!, ¡favor al rey!..." Y mala la hubieran los cuitados bajo las hojas blandidas por cuatro puños de hierro; pero Floriana, la bella, la hechicera, la incomparable, tenía desvelados a muchos hombres de pro que no acertaban a vivir si no era dentro del horizonte en que se esparcían sus embriagadoras esencias y perfumes. De modo y manera que por un lado y otro aparecieron varios hidalgos, que se conocía lo eran por lo apuesto de los talantes y el blandeante plumaje de los chambergos, los cuales se dieron priesa por acorrer a la justicia, a la par que sirviesen su interés, comprendiendo que en todo ese somatén danzaban los grandes ojos pardos de la doncella tan inmerecidamente otorgada a maese Alduna.

Feroz y descomunal fue la refriega, en que perdieron la vida muchos nobles y gentes de campañillas, y otros salieron mal heridos, quedando a bien librar los dos protagonistas mantenedores, escapados mediante la astucia de sus escuderos, que armaron a unos contra otros a los auxiliares adva-

nidos, merced a la oscuridad que esparcieron rompiendo a cintarazos las linternas.

Al otro día, el corregidor, que acechaba la ocasión de cobrar las insolencias de maese Alduna, fuese en persona a tomar por sí, en amparo del orden y tranquilidad públicos, y en calidad de detención y embargo, la muy sabrosa y dulce persona de la Florianana, causa, motivo y ocasión de reyertas, matanzas y rebeldías a la justicia del rey nuestro señor (a quien Dios guarde) cometidas en calle pública y turbando el reposo de la muy leal y honrada villa del emperador don Carlos V.

Pero estaba de Dios el que nadie comulgaría con ruedas de molino de tal guisa, y el excelentísimo señor licenciado, don Juan Díaz Lupidana, como corregidor de Potosí, por el virrey don Luis de Velasco, marqués de Salinas, no hizo más ni menos con su mal pensado secuestro, que revolver la villa entera y fomentar la sedición popular, apenas apagada por su antecesor, don Diego Cabeza de Vaca, tenido en fama de conciliador y prudente.

Demás de esto, el Lupidana tenía a su servicio una moza garrida de los reinos de Andalucía, y decían las lenguas chismosas que le asistía en varias faenas, aparte del gobierno de la casa, añadiendo que era la moza feroz en sus celos y temeraria en su venganza.

El día, pues, de la sagrada Circuncisión del Señor, y después de los paseos a caballo al campo de las "Jayulas" de San Cristóbal, en donde se apuraban los mantecados, las confituras y las mistelas, en familiar corrillo, bajo las ramadas rústicas, como de acuerdo común y espontáneo, alzáronse nobles y plebeyos, señores y escuderos, y en forma de oleada incontenible, invadieron el corregimiento, poniendo en fuga al Lupidana y a la moza garrida su gobernante pero se encontraron mudos, aterrados, ante el espectáculo que se presentó a su vista.

La bella, la hechicera, la codiciable doncella Florianana, norte de los corazones e imán de las voluntades, yacía blanca, más pura que blanca y más hermosa en la muerte que en la vida, ¡yacía exánime...!

"Venganza de morisca sin entrañas"; ¡ay, la infeliz Florianana...!

LA CONDESITA DE ASNAR

Últimamente se han suscitado serias dudas acerca de si la serpiente tentó a Eva o si Eva fue la que tentó a la serpiente.

1

La sustancia de mi cuento, si es que mi cuento tiene alguna sustancia, es que había en la villa imperial de Potosí un hombre (cosa muy natural en tierra habitada), gallego de nacimiento, cordonero de oficio, cristiano rancio, honrado a las derechas y todavía guapo y gallardote, a pesar de sus cuarenta y cinco otoños, de los cuales diez había pasado sirviendo al rey, sin más recompensa de retiro que dos chirlos, hechura de sable en tierra flamenca (gajes del oficio; chirlos por sacrificios).

Este buen hombre se llamaba Cristóbal Asnar, y a mucha honra para él, cuyo padre, aunque Asnar, era honrado, y Asnares fueron todos sus ascendientes y habían de serlo sus vástagos en línea recta, hasta desasnarse alguno.

Asnar tenía varias cosas. Primeramente una tienda en la calle de las Mantas, en que vendía cordones, franjas, galones, flecos y pasamanería de muy buena calidad y hechura. Tenía además un genio de los demonios y no admitía que se le pusiera una mosca en las narices. Y finalmente, tenía una hija; ¡pero qué hija! ¡Si es increíble que un Asnar tuviera semejante hija!

Dice el Iltmo. S. D. Gaspar de Villaroel, arzobispo de la Plata, en su historia, que aquella niña criolla “era un portentoso de donosura, gentileza y discreción incomparables”. Y su Iltmo. fue tenido por sabio y murió en olor de santo en 1600 y pico.

A la sazón gobernaba la villa imperial don José Vázquez de Acuña de la orden de Calatrava, 18^o en número de los corregidores de Potosí, y tenía un sobrino tan gallardo como orgulloso pagado y repagado con sus ejecutorias, sus doblones y su título sonoro de conde de Acuña Pedrosa.

Todo le olía mal al condesito, y todo era plebeyo a sus nobilísimos ojos. Ni hallaba camaradas dignos de él, ni hembra que mereciese sus galanteos, ni distracción que no lo rebajase. Era un lindo mozo fabricado sobre una costilla de don Quijote; de

manera que los pasquines, desahogo de los villanos, hicieron tradicional este estribillo:

Mucha cosa es, mucha cosa,
Para vivir entre humanos,
Conde de Cuña Perrosa.

Así sucedían las cosas hasta que dispuso Dios que sucedieran de otra manera, y fue que a mi señor el conde al salir de la misa de doce y mientras puesta una mano en la rica empuñadura de la espada y acariciando la otra, su negro rizado bigote, pasaba revista a las hijas de Adán que salían del templo, fuéle acercando un lindísimo bulto con faldas, manto y velo, guardado por dueña quintañona, y seguido por rodrigón sumiso con cojín y libro de oraciones.

Tal donaire tenía la dama, cuya ajustada saya denunciaba maravillas ocultas, y cuyo andar semejaba al voluptuoso compás de las habaneras, que el hidalgo sintió como si se le tornara en cera el corazón berroqueño, quedándose casi ñato de abrir las narices para aspirar el perfume de gloria celestial que daba y dejaba de sí ese montoncito de piel de Rusia, fresco, suave y apetitoso como los primeros melocotones de cada año.

Dejó franco paso a la tapada murmurando bajo y tembloroso algunas palabras; y fuese casualidad o cálculo, se deslizó por las faldas sedosas, hasta los pies del conde, un lienzo blanco, vaporoso, perfumado y tibio aún, que éste recogió con ansia y guardó después de besarlo rápidamente.

—¡Ja, ja! —oyó a sus espaldas—; parece que os humanizáis, señor conde.

—¿Por qué lo decís, señor capitán? —preguntó éste visiblemente contrariado.

—Porque mercaderes y comediantes, son plato grosero que no se digiere en estómagos de nobles.

—Ofendéisla, vive el cielo.

—Ni verdades ofenden, ni de ofensas trato. Buscad y hallaréis dice el gran libro. Ese lienzo que sienten vuestras palpitaciones puede seros luz de guía o pajuela para incendios; ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!

Alejáronse entreambos por opuesta vía, mas apenas el conde se vio solo, desplegó el lienzo y buscó, y buscando halló esta palabra bordada con primor y en ostentoso relieve: ¡Asnar!

¡Qué horror! ¡Haber besado tan vulgar nombre!

Había que desagrar a sus abuelos que sin duda se estremecieron en sus tumbas.

Corrió hacia el capitán y sin darle tiempo para reponerse de su sorpresa, puso en sus manos el lienzo añadiendo:

—No os pesará a vos que no pasáis de hidalgo de gotera, el cobrar en “sabroso plato de mesa baja”, el hallazgo de esta prenda extraviada.

Y volvió la espalda perdiéndose por las toscas galerías del Regocijo.

2

Pero el diablo, que es fama, fue el inventor del billar, hizo esta vez una carambola de efecto contrario.

Picó a la cordonerita en su amor propio, alimentado por infinito número de galanes desdeñados, y picó al condesito en la fibra más delicada de aquellas que forman el arpa del amor.

Contrariedad, es fuego,
Amor estopa,
Viene el demonio y sopla.

Ni reposaba ella, ni reposaba él. Pero... estos peros... uno de ellos fue la causa del pecado original.

Al cerrar de una noche, pasaba el de Acuña Pedrosa por la cordonería de Asnar, por supuesto sin intención alguna, a tiempo que saliendo desolada una dama, caía desvanecida en sus brazos (también sin intención alguna). ¡Qué deliciosa carga! ¡Qué efluvios embriagadores los de aquella cabezita reclinada!

Pedrosa miró en torno; no estaba el capitán; era muy oscuro y no podían verlo sus abuelos, rozó con sus labios una frente tersa y pura; pero cerró los ojos para aquietar su conciencia hidalga, y levantando en peso tantos hechizos entró en la tienda a tiempo que la dueña traía un velón con varias luces.

¡Fuego de Dios! ¡y qué hermosura!

Grandes ojos rasgados que al entreabrirse mostraban el cielo azul de una noche purísima; ojos que acarician, prometen y dominan; ojos que hicieran exclamar al conde, si pudiera coordinar su pensamiento:

Si eres rubia, no lo sé.
Si eres morena, tampoco.
Desde que tus ojos vi
No miro más que tus ojos.

Afortunadamente, don Cristóbal rezaba el rosario en los dominicos, y no podía ver él cómo un Acuña y una Asnar se contemplaban arrobados, palpitantes, mudos, en su despacho de cordones y pasamanerías.

Mirarse una vez más, estrecharse las manos sin articular palabra, salir él como un loco, caer ella como embriagada en un banco, todo fue obra de hacer y decir; todo hijo de aquella pícara casualidad (buscada) a que atribuimos nuestras malas obras y aun a veces las buenas, si para ello median interés o vanidades.

3

Y cuentan las viejas crónicas que el señor corregidor cogió las estrellas con las manos, cuando su nobilísimo sobrino, le pidió con las veras de su alma, que llevase todo su poder, que todo él se necesitaba y más aún, para vencer la repugnancia de los Asnar, para emparentar con los de Acuña Pedrosa.

Mas la constancia ablanda riscos y el amor horada las montañas. El corregidor que no era risco, se ablandó el primero, y la secretaria de su majestad se dejó horadar con el taladro de los doblones que cruzaron el mar y engordaron la caja de privados.

Algunos meses, y no pocos, después viajaban rumbo a la villa imperial, las ejecutorias de un conde provinciano que había muerto sin sucesión, y caían en manos de la bella cordonerita con estas letras en pergamino signado, con el sello real en relieve.

“Os hacemos condesa de Asnar, con antigua ejecutoria que concedemos por real sucesión, por merecimiento de vuestros antepasados, nuestros reales súbditos.”

El cordonero tomando la hermosa cabeza de su hija, dicen que le dijo:

“Bien me sé yo que esta frente merecía una corona. Llevas la de la pureza que no la otorgan reyes, y yo me quedo tan Asnar como antes, aunque tan noble de alma y tan altivo como el Cid”.

Dicen los rarísimos cronicones vivientes que aún vegetan en la hoy republicana ciudad de Potosí, que el escudo esculpido en piedra que existe en la casa fronteriza a la que es hoy la administración principal de correos, tenía una doble orla dentro de la cual se leía:

Condesa de Asnar y Acuña Pedrosa.

Semejando todo ello *un plato en una mesa muy baja.*

LA MOVEDIZA

Danza en todo una mujer,
casada, viuda o doncella...

Se llamaba Marí Ana aunque nacida, o tal vez por eso mismo, en día de Corpus Christi en la ciudad de San Miguel de Tucumán, patria de las buenas mozas, de los azahares perfumantes y de las naranjas gordas como cabezas de inglesitos rubios.

Decían de ella que debió de ser buena uva moscatel porque, a la sazón, era una excelente pasa de Málaga.

Pero Marí Anita protestaba del dicho: de palabra, alegando que ése era pensamiento de mendocino vinariego, y de obra, enseñando sus preciosos dientes blancos, sus largas trenzas negras, sus labios frescos carnuditos como cerezas maduras, amén de sus ojos maliciosos y parlanchines, de su garbo de garza real, de su va y viene de péndulo relojero y de una sístole y diástole al andar que le valieron el nombre de La Movediza, con que pasó a la historia de aquellos tiempos casi contemporáneos.

Digo casi contemporáneos, porque ello pasaba en 1784, justamente cuando ya germinaban las transformaciones de la Revolución Francesa y cuando don Carlos IV de España y Da. María Luisa de Parma acababan de besar a su vástago nacido en San Ildefonso, el cual vástago, cinco años después, en el famoso 89 y la invención de la guillotina, sería príncipe de Asturias y, algunos años más tarde, el rey don Fernando VII que de Dios goce, ya que no gozó del mundo.

Este Fernando séptimo fue, según mis noticias, el mismo que perdiera las posesiones y reinos de

las Indias de América, en virtud de no tener las bragas o calzones firmes y tan ajustados como dicen los que entienden de indumentaria, los tenían Bolívar, San Martín, Belgrano, Sucre y otros, que si nunca jugaron al *foot-ball* ni al *lawn tennis*, ni bailaron con corte en las máscaras como quien en Buenos Aires tuerce fino para alambrados de estancia, en cambio se ocuparon en cosas baladís o baladíes, como crear naciones, establecer independencias soberanas, fundar libertades y hacer otras antigüedades pasadas de moda en nuestra civilización y cultura altamente *sportivas*.

¡Vaya usted a ver con la Marí Aníta!

Pues esta moza vivía para tormento de muchos, en la calle de las Mantas, de la imperial villa de Potosí, gobernada a la sazón por su altísima merced el intendente de Juan del Pino Manrique, mientras era virrey en Buenos Aires el excelentísimo señor don Nicolás del Campo, marqués de Loreto.

Aquel corregidor intendente don Juan del Pino y aquel marqués don Nicolás hacían sin duda cosas muy buenas que a nosotros no nos interesan; pero he leído el informe que pasó el primero al señor virrey sobre todos los asuntos de minas, de riquezas, de guerras y de *vita et moribus* de los potosinos y no he visto nada que se refiera a la Move-diza Marí Ana, seguramente porque es cuerdo no mentar la soga en casa del ahorcado y porque culpas propias mejor en casa y calladas que en las calles comentadas.

Tenía una tienda o despacho —no el virrey, ni tampoco el intendente, sino la moza aquélla de tan buenas partes— en que vendía cintas, mallas, flecos, alamares, botones, y otros colgandijos y zarandajas, menos por medro que por entretenimiento y por tener ocasión y teatro para murmuraciones con las comadres y las clientes; pero su verdadero comercio, amén de intimidades que no son para la pública satisfacción, era el llamado en la villa, de los *rescatiris*, como quien dice, compradores de plata pía en pequeñas partidas por particulares en los desmontes de las minas, en los desagües de los ingenios y en el beneficio de las rastras que se explotaban sin gravámenes, pechos, ni derechos para el rey, por cualquier hijo de vecino en aquella riquísima villa y asiento de plata de Carlos V.

Creo que dije el cómo Mariquita vivía en la calle de las Mantas para tormento de muchos. Si el cajista se equivocase poniendo *machos*, quizá no andaría descaminado porque no eran pocos los que la rondaban y daban músicas, ni pocos los que acudían a su casita tibia, cómoda, oliente a gloria, en la tarde y a veces en la prima noche, ya a tomar las once, es decir, las once letras de la palabra aguardiente, con biscotelas, plantillas y suspiros, ya el chocolate de Yungas con canela o vainilla y con bollitos de las monjas y manteca de Mochará, ya en fin, los buñuelos, mermeladas, confituras y acaramelados exquisitos, con ración de agua cristalina en escudillas de barro de Mondragón, de ese barro que regala el olfato y da impulso y ganas de morder el vaso con verdadera concupiscencia.

Los más constantes al parecer muy amigos y en realidad sin poder verse, ni tragarse uno a otro, eran el bueno del corregidor don Juan del Pino, el cura y vicario de la Matriz, docto hasta donde éranlo entonces los doctos, y muy cuidadoso de su robusta personita, y el alcalde mayor de la villa imperial, Veinticuatro de Sevilla, licenciado Roque de Pedronena, señorón muy indiscreto, pagadísimo de sí propio y orgulloso de sus pergaminos y de su valimento en la real corte.

Al encontrarse todos los días a la misma hora, dábanse cordialmente las manos y cada cual decía del otro *in peto*: “Ya está ahí el mamarracho con sotana y el estantigua del alcalde”. O bien: “Cuándo cogerán unas tercianas ese del Pino o del Alcornoque y ese sinvergüenza de Cuernorena”. O finalmente: “El mejor día cojo yo al chupacirios por el cogote o cuelgo al del Pino de otro ídem, si dan en ponérseme tan obstinadamente en el camino”.

Con todo eso, sentábanse los tres después de saludar y relamerse con las zalamerías de la Mariquilla, cada día más fresca, más tentadora y siempre muy al tanto para mantener vivo el fuego y las ansias en aquellas potencias tripartitas.

Sentábanse en sendos sitios mullidos, con almohadón en los pies y pebetero de humeantes aromas debajo del asiento, y discurrían sobre esto, aquello y lo de más allá, que no les importaba media higa, sin quitar ojo de la Movediza y de sus ademanes, la cual se reía por cualquier cosa para

enseñar los dientes y los oyuelos pícaros y se inclinaba aquí y allá, movediza, para poner en realce y relieve morbideces tales y tan suaves que arrancaban suspiros y causaban mareos, mal disimulados por aquellos benditos de Dios, guardianes de la moral pública y de las buenas costumbres, en la muy leal y licenciosa imperial villa.

¡Si faltarían para tal guisa los maldicientes y los envidiosos! ¡Cómo habían de faltar! De modo que las altas, encopetadas señoronas, las nobles matronas potosinas fortalecidas por los siervos del Señor, sus confesores, que hacían la olla gorda con el caldo de tales gallinas, perdonado me sea el modo de decir sin intención dañina, empezaron a fomentar la guerra a la alianza tripartita, recelosa y mal unida como toda alianza, y odio, odio sin cuartel a la Marí Anita, a la Marí Anita apetitosa, adornada de entonces con un rosario cada día mayor de sobrenombres, motes y calificativos denigrantes.

Mas la pobrecilla se consolaba cuando yacente la villa en reposo, entregada al sueño, y despejada la calle de músicas importunas, que la buena moza fingía agradecer con encarecimiento; cuando, hecha la última ronda de alcaldes alguacilados, solo reinaban ya la oscuridad y el silencio, abría ella misma en persona las puertas untadas de aceite en los goznes y recibía, loca de amor, en sus brazos a un gallardo mancebo, fuerte y sin miedo, que murmuraba en su oído: —¡Oh, mi Marí Ana, mi bien, mi amor, mi cielo...!

Y luego eran felices ambos a dos. ¡Allá ellos! Buen provecho les haga, que hartos penares tiene la vida para no coger la ocasión por los cabellos y gozar. Y como nadie ha vuelto todavía del viaje final para decirnos lo que hay al otro lado de la losa que nos separa del mundo, bien es rendir tributo al qué dirán las gentes, pero tampoco es malo divertirse por lo que pudiera faltar más adelante, dicho sea con perdón de los Catones inmaculados y de los Arístides justos hasta el ostracismo.

Y el guapo mozo bello como un Apolo, fuerte como un Milón y espadachín eximio, si los hubo, era nada menos que Andana, Diego de Andana, que dio margen al refrán: "Que lo arregle Andana" porque tuvo siempre buena traza e ingenio para salvar enredos apretados y vadear torrentes peligrosos.

Para la Movediza era el Andana sus ojos, su vida, su alma. Para Andana atesoraba limpia y turbian-

Creo que dije el cómo Mariquita vivía en la calle de las Mantas para tormento de muchos. Si el cajista se equivocase poniendo *machos*, quizá no andaría descaminado porque no eran pocos los que la rondaban y daban músicas, ni pocos los que acudían a su casita tibia, cómoda, oliente a gloria, en la tarde y a veces en la prima noche, ya a tomar las once, es decir, las once letras de la palabra aguardiente, con biscotelas, plantillas y suspiros, ya el chocolate de Yungas con canela o vainilla y con bollitos de las monjas y manteca de Mochará, ya en fin, los buñuelos, mermeladas, confituras y acaramelados exquisitos, con ración de agua cristalina en escudillas de barro de Mondragón, de ese barro que regala el olfato y da impulso y ganas de morder el vaso con verdadera concupiscencia.

Los más constantes al parecer muy amigos y en realidad sin poder verse, ni tragarse uno a otro, eran el bueno del corregidor don Juan del Pino, el cura y vicario de la Matriz, docto hasta donde éranlo entonces los doctos, y muy cuidadoso de su robusta personita, y el alcalde mayor de la villa imperial, Veinticuatro de Sevilla, licenciado Roque de Pedrorena, señorón muy indiscreto, pagadísimo de sí propio y orgulloso de sus pergaminos y de su valimiento en la real corte.

Al encontrarse todos los días a la misma hora, dábanse cordialmente las manos y cada cual decía del otro *in peto*: “Ya está ahí el mamarracho con sotana y el estantigua del alcalde”. O bien: “Cuándo cogerán unas tercianas ese del Pino o del Alcornoque y ese sinvergüenza de Cuernorena”. O finalmente: “El mejor día cojo yo al chupacirios por el cogote o cuelgo al del Pino de otro ídem, si dan en ponérseme tan obstinadamente en el camino”.

Con todo eso, sentábanse los tres después de saludar y relamerse con las zalamerías de la Mariquilla, cada día más fresca, más tentadora y siempre muy al tanto para mantener vivo el fuego y las ansias en aquellas potencias tripartitas.

Sentábanse en sendos sitios mullidos, con almohadón en los pies y pebetero de humeantes aromas debajo del asiento, y discurrían sobre esto, aquello y lo de más allá, que no les importaba media higa, sin quitar ojo de la Movediza y de sus ademanes, la cual se reía por cualquier cosa para

enseñar los dientes y los oyuelos pícaros y se inclinaba aquí y allá, movediza, para poner en realce y relieve morbideces tales y tan suaves que arrancaban suspiros y causaban mareos, mal disimulados por aquellos benditos de Dios, guardianes de la moral pública y de las buenas costumbres, en la muy leal y licenciosa imperial villa.

¡Si faltarían para tal guisa los maldicientes y los envidiosos! ¡Cómo habrían de faltar! De modo que las altas, encopetadas señoronas, las nobles matronas potosinas fortalecidas por los siervos del Señor, sus confesores, que hacían la olla gorda con el caldo de tales gallinas, perdonado me sea el modo de decir sin intención dañina, empezaron a fomen- tar la guerra a la alianza tripartita, recelosa y mal unida como toda alianza, y odio, odio sin cuartel a la Marí Anita, a la Marí Anita apetitosa, adornada de entonces con un rosario cada día mayor de sobrenombres, motes y calificativos denigrantes.

Mas la pobrecilla se consolaba cuando yacente la villa en reposo, entregada al sueño, y despejada la calle de músicas importunas, que la buena moza fingía agradecer con encarecimiento; cuando, hecha la última ronda de alcaldes alguacilados, solo reinaban ya la oscuridad y el silencio, abría ella misma en persona las puertas untadas de aceite en los goznes y recibía, loca de amor, en sus brazos a un gallardo mancebo, fuerte y sin miedo, que murmu- raba en su oído: —¡Oh, mi Marí Ana, mi bien, mi amor, mi cielo...!

Y luego eran felices ambos a dos. ¡Allá ellos! Buen provecho les haga, que hartos penares tiene la vida para no coger la ocasión por los cabellos y gozar. Y como nadie ha vuelto todavía del viaje final para decirnos lo que hay al otro lado de la losa que nos separa del mundo, bien es rendir tri- buto al qué dirán las gentes, pero tampoco es malo divertirse por lo que pudiera faltar más adelante, dicho sea con perdón de los Catones immaculados y de los Arístides justos hasta el ostracismo.

Y el guapo mozo bello como un Apolo, fuerte co- mo un Milón y espadachín eximio, si los hubo, era nada menos que Andana, Diego de Andana, que dio margen al refrán: "Que lo arregle Andana" porque tuvo siempre buena traza e ingenio para salvar en- redos apretados y vadear torrentes peligrosos.

Para la Movediza era el Andana sus ojos, su vida, su alma. Para Andana atesoraba limpia y turbian-

te; por Andana fingía complacencias, zalamerías, livandades, realizando prodigios de habilidad y de prudencia y, en fin, Andana y Marí Ana eran un solo y único amor en dos corazones y un solo y único manantial en un paraíso cómodo, abrigado; quizás con serpientes tentadoras, pero sin hoja de parra, ni ángeles custodios blandiendo espadas de fuego vengadoras.

Como superlativo de males, Andana había caído entre ojos, lo mismo al corregidor que al alcalde, y no por sus amores que nadie conocía; pero, sobre componer trovas y dísticos que corrían de boca en boca, divirtiendo a los ociosos a costa de aquellos orondos personajes, apaleaba de continuo a la ronda, cuando se le metía a ésta el pasar y repasar por delante de María Ana, retardando la hora de sus complacencias.

Así es que los susodichos personajes se relamieron diciendo para sus gregüescos: "pan de mis alforjas" cuando por sus espías supieron el cómo Andana acababa de ser visto a deshoras en los propios momentos en que daban música de cencerros y rebuznos unos lacayos, por cuenta de sus amas, a la odiosa Movediza, siendo fácil obra el cogerlo a la sazón entre dos varas, vale decir entre doble fila de varas de alguaciles.

Y así dispusieron como en montería para caza mayor, acudiendo por los extremos opuestos de la encrucijada para coger el jabalí en callejón sin salida.

"Mala la hubisteis, franceses, en esa de Roncesvalles"... Andana se defendió como un león, como media docena de leones, hiriendo, derribando, hundiendo y sacando su tizona tinta de sangre, pero, pero...

"Vinieron los sarracenos - y nos molieron a palos - que Dios protege a los malos - cuando son más que los buenos."

Andana fue vencido, amarrado codo con codo, amordazado, llevado a empujones hasta el calabozo más oscuro de la cárcel, bajo indudables síntomas y auspicios próximos de garrote vil o de colgamiento en horca por mano de verdugo.

Lo que se le ocurre a una mujer no se le ocurre a una legión de demonios, según la poca caritativa palabra de San Pablo, que conocía, como buen sastre, lo que valía el paño.

¿Que calumnio a San Pablo? ¡No faltaría más sino que calumniase a tan conspicuo sujeto! San Pablo fue antes un ardiente fariseo y de fariseo ardiente, llamado el apuesto Saulo, amó mucho a las hijas del pecado original. Después, ya viejo, convertido al cristianismo y apóstol de las gentes, las llamaba perdición y peligro de los hombres. ¡Ingrato! Pero ello debe ser cosa de la edad, como que la carne ya no gusta cuando no hay muelas con que mascarla. Por eso alguien se preguntaba, al ver en el cuadro de la casta Susana indignada a ésta al encontrarse sorprendida por unos viejos recalitrantes: ¿se habría indignado lo mismo la Susanita si no hubieran sido viejos?

Pero no hablamos ahora de la Susana, que si fue casta, con su pan se lo coma, sino de la Movediza, la tucumana hechicera, que tenía más ingenio que Lope de Vega Carpio y más audacia que Amadís y los doce pares de Francia.

Pues la chica se echó sobre el rodete un velo que la hacía más guapa y encandilaba en fuego de amor la pupila de sus ojos negros y se fue con su sístole y su diástole en derechura a la iglesia matriz, a la hora y punto de la misa mayor, oficiada por nuestro amigo el cura, el mismo cura que andaba sin seso, tentada su virtud por el maligno que le echaba continuamente las maravillas de Marí Anita al rostro.

Verla el tonsurado y correr de punta hacia ella, como la aguja al imán, fue cosa de un segundo.

—No tentéis a Dios, señor cura, que estamos en su casa.

—Él perdona mis flaquezas, hija mía, pues necesito hablaros a solas; lo necesito como el pan de la vida y no he de lograrlo mientras os tengan en apretado cerco el fastidioso intendente y el insufrible alcalde.

—Y si yo os otorgase la codiciada audiencia ¿qué haríais por mí?

—Todo cuanto quisierais, cuanto valga y pueda, sin preguntar, sin vacilar.

—Pues será poca cosa para vos. Esta misma tarde me mandaréis a casa las dos excelentes mulas aperadas, que os envidia la villa entera. No en regalo mío, no; las usaré mañana al alba para ir a Mondragón, propiedad que pienso adquirir y os las devolveré luego. Fingiréis esta noche una indisposición que os privará de ir a mi casa... No os alar-

méis, no irá nadie, os lo aseguro, y mañana, mañana, amigo querido, será lo que vos queráis.

Y entornó los ojos y ahogó un suspiro hondo, inclinando la cabeza sobre el pecho.

Diez minutos después, lanzaba un ¡Ah! haciéndose la encontradiza con el corregidor don Juan del Pino que se daba importancia en la puerta de las cajas reales lugar de su habitual despacho matutino.

—¡Oh! —dijo don Juan—; mi buena suerte os envía, cruel Anita, porque acecho la ocasión de hablaros sin testigos importunos.

—Lo de cruel no lo entiendo.

—Pues ¿desconocéis mis ansias? ¿Ignoráis que os amo y que sacrificaría hasta el corregimiento y la intendencia por serviros?

—¿Tanto así, señor don Juan? ¿A que, si os pruebo, falla el tiro al primer rastrillazo?

—¿Qué os impide probarlo, desde luego?

—Sea, pues, por vos y será ¡ay! por mí, ya que os empeñáis en enloquecerme.

—Pedid hermosa, que aún no lo habréis dicho del todo, cuando os veréis al punto servida como una reina.

—Sabéis que me odian, que me persiguen, que me insultan, que me amenazan y tengo miedo de lo que podrá venir después.

—Pero aquí estoy yo para protegeros.

—Lo sé, don Juan, y confío en ello; pero si os complazco, como lo haré, subirá mi temor con la inquietud de mi conciencia y temblaré ante el castigo, si no tengo para cualquier momento una salvaguardia, un documento de franco pase y orden de protección en mi salida y tránsito por todo el corregimiento.

—Si eso os tranquiliza, veníos, yo os lo daré amplio para vos y los vuestros, so pena de ejemplar castigo a quien osare desobedecerme. Sí que lo tendréis. ¡Vaya si lo tendréis!

Y lo tuvo como quiso a su sabor y talante, después de prevenir a Su Excelencia, que se hiciera esa noche el indispuerto para alejar sospechas, pues ella lo imitaría a la siguiente para recibirlo a solas.

Fuese luego hacia el alcalde, astuto de oficio y simple *a nativitate*, y le dijo sin exordios:

—Vos tenéis un empeño conmigo que no aplazaré más, si cumplís hoy con un empeño mío que espero de vos.

—Y ¿qué habrá que no haga por la que tiene en tan apretada cárcel el alma mía?

—Poca cosa para vos. Lo veréis. Ese mozo... pues, el insolente coplero que alzó armas contra la justicia del rey y espera su merecido castigo, es hijo del misterio: una gran señora, su madre, ha buscado mi valimiento y amistad con vos, para pedirme de rodillas que le concedáis ver a su hijo a solas. Irá conmigo a la prisión encubierta y acompañada con otra mujer, porque no puede caminar sin ayuda; casi es valetudinaria la infeliz. Nada arriesgáis y lo ganáis todo conmigo; pero, oídló bien —añadió con un mohín de niña engreída— ha de ser sin que se mezclen alcaides, ni llaveros, gente curiosa, más que para abrir y cerrar puertas, porque ante todo, el secreto de la dama. Vuestra gran sagacidad...

—¡Entendido, entendido! ¿Y qué gano en ello?

—Pues el verme a solas mañana mismo, para lo cual os fingiréis enfermo esta noche y no iréis a mi casa, alejando sospechas. Yo haré lo propio mañana y después del toque de queda, entraréis en aquella morada que será vuestra... según me saquéis mejor y más cumplidamente de este empeño.

—Y os sacaré ¡voto a bríos! ¡Que no en vano empuño la vara de alcalde y justicia mayor de la villa...!

Al anoecer del mismo día, una silla de manos llevada por dos indios robustos, cantumarcas¹ y seguida de dos damas veladas, y hermosas, a juzgar por el garbo, se detuvo en la puerta de la cárcel del cabildo. Una de las damas enseñó una orden al alcaide que leyó, se inclinó profundamente, habló con oficiosidad al llavero y abrió paso haciéndose a un lado él mismo; la silla entró por los patios hasta el calabozo en donde Andana maldecía de su suerte, encadenado aún y sujeto con argolla al muro, como los mastines iracundos, prontos a despedazar al forastero.

La dama de la litera salió de ella apenas, en brazos de sus compañeras, y fue sentada en un banco.

El llavero alivió al preso de las esposas y la argolla sin decir palabra, e inclinándose con reverencia, salió entornando tras sí la puerta del calabozo.

¹ Naturales de Cantumarca, pueblo indígena a pocos tiros de ballesta de la imperial villa.

Media hora después y con igual trabajo, entraba de nuevo la dama enferma, en la silla de manos y salían todas tres con muestras del mayor dolor, enjugando las lágrimas con particular empeño, mientras el carcelero dirigiendo una mirada cuidadosa al montón de paja en donde vio recostado a su huésped vuelto hacia la pared, cerraba con precaución las puertas.

Una de las damas, llamándole aparte y poniendo entre sus manos una rica bolsa de seda, llena de escudos con el busto de Carlos IV, le dijo:

—Os ruego que no le incomodéis por esta noche; necesita reposo; ha sufrido mucho. Os lo agradecerá quien puede hacer mucho por vuestros hijos.

—Obedeceré, señora. Ni yo, ni nadie incomodará por esta noche al preso. Confiad en mí.

Y todo volvió a quedar en el silencio sombrío de las mazmorras de aquellos tiempos.

Pero a la mañana siguiente apresuróse el carcelero a entrar en el calabozo para poner de nuevo al preso en sus prisiones y, haciéndose todavía el oficioso, le dijo:

—Siento incomodaros; pero de un momento a otro podría venir alguno que os viese libre y tendría que pagar yo muy cara mi condescendencia con la afligida dama que pidió por vos.

No obteniendo respuesta, ni viendo movimiento alguno, añadió para sí solo: “La comodidad le hace dormir como una marmota”.

—¡Oíd! ¡Eh! que es tarde y pueden sorprenderme.

Igual inmovilidad e igual silencio. —¿Estará muerto? ¡Demonio!

Tentólo febrilmente buscándole el rostro, y lanzando un ¡Dios me valga! cayó como fulminado por el rayo.

El preso había volado; en su sitio, yacía un muñeco de paja vestido con su indumentaria.

Supiéronlo al punto el corregidor y el alcalde y la misma viva sospecha llevó a entrambos en volandas a la casa de Marí Anita la Movediza, en donde encontraron también al buen cura, desolado por la burla y por los mulos que vio perdidos para *in eternum*.

La mansión estaba escueta. Nadie en ella. Recorrieronla ansiosos y a punto de estallar de ira, de contrariedad y de despecho. Dieron al fin con un pliego puesto adrede a la vista y con sobrescrito en letras gordas dirigido a los tres citados personajes:

corregidor, alcalde y cura vicario de la santa iglesia matriz.

“Me llevo asegurado vuestro silencio. Con vuestros propios documentos os tengo cogidos: vos, señor cura, me proporcionasteis los medios para correr cómodamente; vos señor alcalde lo preciso y justo para arrebatáros de las garras el bien que adoro, y vos, excelentísimo señor intendente de la villa, los medios seguros para salir de ella y ser protegida y amparada en mi camino. Callaréis, no lo dudo, porque os sabría muy mal si llegase a conocerlo de buena tinta el excelentísimo señor virrey don Nicolás del Campo, marqués de Loreto.”

Nunca tan Movediza la tucumanita como al moverse con el tesoro de su corazón, desde la villa imperial hasta la gran metrópoli de Santa María de Buenos Aires, en donde se dijo, con todos los barruntos de la verdad que se había hecho tan real persona casi como la *Perfecta Casada* de fray Luis de León.

LA SALVADORA

CASO DE EXCOMUNIÓN MAYOR. EL RAPTO DE LAS SABINAS

El fabuloso Potosí pertenecía entonces al virreinato del Plata, como que los sucesos ocurren en 1808.

Abundaban en aquella tierra los abajeños nombrados según la provincia de su origen: Juan el tucumano, Andrés el salteño, Pedro el cordobés o el mendocino, el jujeño, etc.

Decíase de los que habían libado hasta vacilar: “este pobre está entre San Juan y Mendoza”; obra de los aguardientes que en gran cantidad importaban a aquel mercado exuberante los cuyanos.

Y no era chico el valimiento de aquellos comúnmente llamados los “gauchitos”, como que eran buenos mozos, jinetes como centauros, enamoradizos de suyo y muy rumbosos. De manera que las muchachas los aceptaban y preferían a despecho de los españoles, siempre orgullosos como señores que se creían del suelo y de sus gentes.

No hay para qué hablar de las proezas que realizaban a caballo en esas calles de Dios, escurridi-

zas y pendientes, ni de su destreza en el juego de las cañas y la sortija.

Muchacho hubo, y para no nombrarlo, Pepito Ortiz, el salteño, que sacó en una ocasión doce lazos de vistosas cintas de raso, que no cabiéndole ya en los brazos, fueron amarrados a la cola de su inteligente zaino.

Así era la cosa, sí, señor, y entre las chicas guapas que contaba la media clase, lo que hoy diríamos la burguesía, se distinguía una muy lista, llamada la Salvadora, pues con su venida al mundo había salvado a su madre de unos histerismos horribles, incurables para la ciencia, rebeldes, así a los conjuros de la hechicería, como a los exorcismos de la parroquia.

Eran sus padres don Mendo Pérez de Ocaña y doña Consuelo del Pulgar de Pérez Ocaña. Los murmuradores entrometidos decían que lo de Mendo Pérez era verdad, como lo era lo de Consuelo Pulgar, mientras era apócrifo y contrahecho aquello de los "dones" y "de los", celosamente tenidos como títulos de hidalguía entre los hijos de las Castillas, las Navarras, los Leones, etc.

Precisamente habían sido naturales de este último reino, don Mendo y doña Consuelo, hijos de la ciudad de Zamora, que tuvo la gloria de defender a la reina doña Urraca contra el asedio en que la puso su propio tío, don Sancho el victimado.

Decían, otrosí, los entrometidos, que los sobresaltos continuos en que vivía Zamora cuando la guerra de los comuneros, habían exaltado tan fuertemente los nervios de Consuelito, que los padres de ella creyeron acertado el casarla de prisa y resultó el remedio peor que la enfermedad, porque don Mendo había sido comunero y la mujer, que lo sabía, tenía siempre el alma en un hilo y sus nervios bailaban a la continua el histerismo agudo con todas sus variaciones.

Así fue como, evitando la horca y a la vez buscando mejores aires para la enferma, resolvió el matrimonio trasladarse al Nuevo Mundo y dar con su humanidad y algunas mercancías empaquetadas bajo guía limpia, en la opulenta, misteriosa y un tanto cuanto libre en sus costumbres semiorientales, villa imperial de Potosí.

Allí abrieron tienda, trabaron relaciones, cultivaron amistades y medraron los esposos, mientras se ponía cada día más guapaza la muchacha Salvadora,

fruto óptimo, sazonado y apetitoso de aquel legítimo ayuntamiento.

Claro está que habían de quererla a rabiar, especialmente don Mendo, que contemplándola se quedaba las horas muertas y festejaba todas sus gracias subidillas de punto y aun a veces de punto y coma.

En vano doña Consuelo le decía:

—Mira, Mendete, que la chica se nos propasa.

—Pero, vamos al decir, ¿en qué se nos propasa?

—En qué y cómo, yo no sabré explicártelo; pero se hace demasiado fresca, como si dijéramos liberal o cosa así.

—¡Pisch! Lo de fresca lo debe a su buena salud y a sus robusteces de buena moza, y en lo de liberal, es hija legítima de su padre. Bien sabes tú que fui comunero de los ardientes y que...

—¡Calla, Mendo, por Dios! ¡Y no recuerdes cosas funestas! Yo te digo que la Salvadora necesita mucho cuidado.

—Pues cuídala tú, que para eso eres su madre.

—No, que yo no puedo con ella, necesita mano más fuerte.

—¿Se rebela acaso? ¿Te contesta?

—Al contrario; parece ófrme sumisa y no replica nunca; pero después...

—¡Después qué...!

—Después hace lo que le acomoda y únicamente lo que le acomoda.

—Pero, en resumen, qué hace, ¡vamos a ver, qué hace!...

—Que tiene gusto en revolver la villa; que atrae para rechazarlos luego, a los mozos de valía y de no valía; que los halaga hoy día para desdeñarlos mañana; que mueve celos de todos poniendo a los unos frente a los otros, y ocasionando disturbios, da que hablar a la gente y que rabiar al gobernador.

—Exageras mujer: no será para tanto. La chica es viva de genio, enterita a su padre, y en los ímpetus, a su madre, y como es linda y tiene gracia y buenas prendas que sabe lucir, ¿me entiendes? andan todos con la manía de desbarrar por ella y ella, nada, esto es nada, libre y soberana como Zamora en tiempo de Bellido Dolfos.

—¡Y dale con Bellido y dale con Zamora! Valiera más que te ajustaras los calzones y mirases mejor por tu hacienda. Yo, por mí, con todo mi cariño por Consuelo, la encerraría en Copacabana, pues mejor

quiero que sirva a Dios y no que sea instrumento del Demonio dándonos malos ratos.

—¡Eso no, viven los cielos! Cuidaréla yo y ya saben los moscones si tengo pesado el puño. Bien lo sabe y lo sabe de sobra el gobernador intendente de esta imperial villa.

Y era el tal gobernador intendente el muy distinguido, aunque quisquilloso señor don Francisco Paula Sanz, que se decía de estirpe regia, último de los de su clase, digo, de la clase de gobernador, derrocado luego por la revolución del año 10 y fusilado por su excesiva adhesión al rey.

Lo que no ocurría en la metrópoli española, ocurría en la colonia. Había de todo en la villa: de árabe, de griego, de egipcio, de romano y hasta algo de francés del tiempo de Luis XV. Bullía aquella tierra llena de nobles, de ricos, de aventureros, de perdonavidas y de matachines.

A la vez influían grandemente los frailes. Como había de canonizarse en Italia a uno de la familia para realzar la nobleza, así en la villa había de cantar misa algún hijo, sobrino o deudo para honrar el solar.

Por ello ni quedaba manzana sin iglesia, ni casa de valer sin oratorio o capilla, ni familia sin presbítero, ni fiesta, aun profana, en donde no hubiera un cura rotundo y regocijado, o un capellán pulquérrimo y oliente a benjuí, o un cleriguillo elegante, y decidor como los abates de la Regencia en la tierra de San Luis.

Solía suceder en las reuniones familiares, cuando las cabezas perdían su nivel racional, lo que era práctica, y sonaban las arpas y las guitarras en acordes entusiastas danzas de la tierra y zarandeos alegres, solía suceder, digo, que despojasen las muchachas, quieras que no, de sus talares vestes, a los abates preparados al evento, con chaquetas de seda y alamares de lo propio, calzón de punto, ricas medias y zapatos con hebilla de oro, y palmoteando alborozadas, los obligaran a bailar, una y veinte veces, ya batiendo el pañuelo en el aire, ya castañeteando los dedos y sucediéndose unas a otras las parejas femeninas como en tributo, con gran contentamiento de aquellas palomas del altar que creían indispensable ostentar, para la vindicta pública, modestias, cortedades, pudibun-

deces adorables: ¡Corderos de Dios que llevaban a cuestas los pecados del mundo...!

La conciencia usaba, pues, a la sazón, las mangas bien anchas y cerraba los ojos a ciertas cosas, tanto que recibía en sociedad, sin escrúpulos a la Fulana, a la Zutana y a la Beltrana, barraganas de los curas y también a sus hechuritas llamadas por antonomasia candeleros de plata si de curas, y de oro, si de canónigos.

De obispo, no lo podré decir, porque como son tan pocos, poco se sabe de ellos. No embargante esto, recuérdase al obispo Eizaguirre, creo que natural de Chile, el cual paseó por toda la América y parte de Europa y vivió en Bolivia hasta bien gastado el siglo XIX, con una monjita guapa, sacada por él mismo de su convento y llevada consigo "en misión espiritual" para despecho del Demonio, que la asediaba de cerca, y mayor gloria de la Iglesia romana, contra la cual no prevalecerán abiertas las puertas del infierno.

Mas, al cabo, ésas son flaquezas según la doctrina y robusteces según la ciencia, y no seremos nosotros los que nos atreviéramos a contestar a la invitación del Cristo, tirando ni la primera, ni la última piedra. ¡Qué disparate...!

Contamos el cuento sin moralejas, y el cuento, conforme lo había previsto doña Consuelo, se volvió de repente un lío.

En la familia de los Urquixo o Urquijo, ennoblecida por una encomienda de Carlos III, había un curita relamido, trovador, intrigantuelo, que hacía hablar al clavicordio, y cantando oscurecía a los cisnes. (Parece que entonces cantaban los cisnes: el progreso moderno ha abolido hoy esa costumbre.) Bello, cantor, poeta y cura. Lo suficiente y sobrado para tener gran partido entre las muchachas casquivanas y especialmente cerca de nuestra mozota la Salvadora, que estaba hecha un manantial de efluvios voluptuosos aspirados a pulmón lleno y narices abiertas, por los mozos más apuestos de la villa.

Pepito Ortiz se daba a los mil demonios con el curita y torcía el gesto al mirarlo cerca de la Salvadora, como diciendo: "El mejor día te clavo, gran monigote, contra la pared como a los murciélagos".

Y ese día llegó y para mal de todos, en plena iglesia del Carmen y en plena festividad de la Virgen santísima, cuando las naves rebosaban de gente, los cirios y las bujías tachonábanlo de estrellas y

el incienso, subiendo en espirales, daba a los ámbitos olor de gloria celestial.

A la entrada de la sacristía, la Salvadora y otras mozas garridas repartían escapularios del Carmelo perfumados y bordados de mano maestra, entre lo más encumbrado de la villa.

Seguro de no ser observado, ni dejar a ninguno a sus espaldas, fuese llegando Urquijo, revestido de riquísimo sobrepelliz de encaje, hacia la Salvadora, apretada por sus cofrades delante de una barandilla *ad hoc* que la separaba del público y alentado por su propia audacia, logró pasar un brazo alrededor de su cintura y estrecharla fuertemente contra su pecho, al mismo tiempo que resonaba robusta y llena una bofetada, caía el curita cuán largo era en el suelo y se veía a Pepito Ortiz, aún demudado y hosco, ganar el portillo que daba a la plazoleta de Santa Teresa.

No fue baraúnda la que se armó en el templo. Gritaban las señoras mayores, chillaban los niños asustados, exhortaban a la calma los curas, cesaba el órgano, se producía el pánico y se desocupaban las naves como si las hubiera invadido la peste.

Al día siguiente, tocaban a entredicho las campanas de todos los templos de la villa, colgaban paños negros en la fachada de la iglesia del Carmen y en la puerta principal cerrada a barrotes, se fijaba en grandes letras el edicto de "Excomuni3n mayor", de tremendo anatema que prohibía dar pan, asilo, protecci3n y amparo al enemigo de Dios, nombrado José María Ortiz, de la jurisdicci3n de Salta, reo de atentado contra un sacerdote del sacrosanto altar, en el propio templo de Dios temerariamente profano.

Don Francisco de Paula trinaba como un condenado al ver la consternaci3n y el alboroto producidos en la levantisca villa de su digno mando.

Primeramente encerr3 al curita, Urquijo, con su moflete hinchado y su ojo amoratado, en una celda de los padres juandedianos, bajo rigurosa incomunicaci3n y a dieta; luego ech3 a toda la jauría de sabuesos y lebreles en pos de Pepito, que no parecía sino que se lo hubiese tragado la tierra, y luego llam3 al vicario eclesiástico, y contra sus alegatos y sus distinguiendos can3nicos, le notific3 que abreviase el entredicho de la iglesia, cesase en las ple-

garias, gazmoñerías de campanas y agua bendita y devolviese la tranquilidad al vecindario potosino, so pena de suspensión de congruas, diezmos y otras regalías que dependían del real tesoro de su majestad católica.

Y como viese que eso no levantaba el atribulado espíritu de los creyentes, sobrecitados por la frailería abundante entonces en ejemplares robustos, cogotudos y ahitos de manjares y buen vino, acudió al remedio supremo, ordenando que a comenzar del día 2 de agosto, conmemoración de la Porciúncula, se corrieran dos días de toros y dos de cañas y sortijas, en desagravio de Dios, después de la misa y del sermón a que concurrirían las autoridades y funcionarios reales y los síndicos y alcaldes del ayuntamiento.

¡Cuánta gente, santo Dios, en la plaza del Regocijo que hacía ya veces de mercado de frutos y de víveres!

Los tablados en gradería hallábanse materialmente cuajados de gente, y en las galerías y tribunas, colgadas de vistosas telas y adornos de vivos colores, se veía a lo más rico y ostentoso de la villa, luciendo lujosos trajes y joyas de inestimable precio.

En una de esas abiertas galerías parecían reunidas adrede, ocupando fila delantera, cinco lindas muchachas, teniendo en el centro a la Salvadora, aún más hermosa, fresca y provocativa que antes del fracaso que la puso en el trono del favor público.

Y la fiesta transcurría y corrían los jinetes y acertaban o erraban al aro y reía la gente o batía palmas y sonaban las músicas alegremente.

Prodújose un intermedio durante el cual los mantenedores y gente de a caballo, dejaron la plaza escueta, para dar reposo a las cabalgaduras y tomar plácemes y refrescos en las galerías y tribunas.

De pronto sonaron los clarines y se miraron uno a otro, el gobernador y el alcalde mayor, suponiendo cada cual que el otro fuese autor de alguna improvisación. Y junto con el sonar de las trompetas, se abrieron las dos puertas opuestas del palenque y entraron por cada una hasta una veintena de caballeros enmascarados y armados de espadas y pistoletes que, recorriendo la plaza al trote y después de saludar ceremoniosamente a su Excelencia y su Señoría, se agruparon hacia la galería de la

Salvadora en dos filas, la una con frente al palenque y la otra con frente a las muchachas escogidas. ¡Qué audacia, lector! ¡Qué audacia tan mayúscula...!

Antes de que ninguno se diera cuenta de lo que pasaba, juntáronse en escuadrón los caballeros sable en mano y partieron al escape, dejando estupefactos a todos y consternados y locos a los padres de las cinco chicas llevadas sobre el arzón de la montura por aquellos hijos del viento y de la tempestad.

El único que dicen dejó caer el antifaz, fue el bueno de Pepito Ortiz. El picaronazo se llevaba a la Salvadora al parecer muy a gusto suyo y del demonio que inspiró sin duda a los *abajеños* y criollos, el audaz golpe de mano que cuenta la tradición potosina, de la cual yo no soy más que el eco.

RECUERDOS HISTÓRICOS

QUE NO CAUSAN HORROR NI CUENTAN DESASTRES

En este punto las sierras forman collados alternando los cerros rocallosos y las colinas altas, verdes, musgosas. Los picos de los primeros rompiéndose en cuchilla corren hasta perderse en el horizonte. Mil siluetas de torres almenadas, edificios góticos, temples derruidos, se elevan y enclavan en el diáfano azul. Los picos agudos semejan frailes, las manos entre amplias mangas, la capucha puesta como embudo con la punta al cielo o echada a la espalda a guisa de mochila. Frailes descomunales, de pie, de rodillas, en oración humilde o clamando con la frente alta y los brazos tendidos al infinito.

Las colinas al frente forman lomadas multicolores, suaves planicies; redondas cúpulas elevadas y deprimidas ondulando como grandioso oleaje marítimo, vestidas sus faldas con arbustos, captus, matorrales y cardos gigantescos, entre manchas de tupida yerba asilo de reptiles y despensa de liebres, conejos, y cacería menor en donde no se pierden los perdigones, ni quedan sin labor los perdigueros.

Colinas y cerros abriéndose en compás abarcan el valle partido en dos por el torrente cristalino, bullicioso, saltarín y capaz de meterse por donde

menos falta haga y de llevarse valladares y reparos de encuentro para establecer nivel común, como los socialistas de nuestros días y los insurgentes de todos los tiempos.

En el ángulo de ese fantástico compás, sobre blanda meseta que rodea el torrente en profundo lecho con bordes elevados formando pintoresco abismo, se extiende, oriente, la aldea. La calle principal la cruza de extremo a extremo y comienza y remata en dos columnas de piedra labrada, como portadas que, en semicírculo, ofrecen asiento al viajero cansado, al entrar, o lugar de despedida a los aldeanos al salir fuera en excursión muy larga. Las cabañas cercadas de huertos, las callejuelas por donde corre el arroyo entre berros de relucientes hojas; la plazoleta con tiendas de colorines, de lienzos, arreos de montar y baratijas; su blanco pilón de piedra berenguela, al centro, y, dominándolo todo, la iglesia con su enorme ojiva de colores en la fachada, con sus torrecillas blancas y agudas que terminan en flecha y en el costado la casa parroquial, burguesa, sombreada por copudos saúcos y tapizada de trepadoras capuchinas y madreselva que remontando el muro forman parasol oloroso en la portada.

A su sombra sentado en silla de baqueta cochabambina y el breviario en la mano, contempla el buen cura, no viejo aún y de rostro fresco y aire bonachón, el *zig-zag* que en la loma de enfrente a partir desde la alta ermita sin puerta que tiene empotrada en el muro del fondo una cruz pintarrajada en cuerpo y brazos con los pasajes de la pasión del Redentor, contempla el *zig-zag* que forma la senda blanquizca sobre el verde tapiz de la falda, por donde al lánguido renguear de su caballo baja un jinete defendiendo con la ancha ala de su sombrero, su faz y sus ojos del sol que le cae de lleno al descender amarillo y caliente hacia el ocaso.

Exhalaba la tarde sus vahos y sus perfumes al son del torrente que bullía sordo y pertinaz abajo y de la cigarra que zumbaba monótona incansable arriba. El jinete descendía, descendía hasta el torrente que cruzó por puente de troncos juntos, sin apearse, esquivó los pilares de la calle central del pueblo y se detuvo en una gran cabaña pajiza de doble piso, con ventanas rústicas, cobertizo, corredor y establo, todo entre fronda de manzanos florecidos de blanco.

El buen cura dejó su libro y acudió al templo en donde se le esperaba; vistió sobrepelliz, manípulo y estola y comenzó la ceremonia del bautismo de un niño. Teníalo en los brazos el que venía "piano piano" jinete por la senda del monte y no presenciaban el caso más que el sacristán con el cirio encendido en una mano y los potes de óleo y sal en salvilla en la otra y una mujer del pueblo puesta de limpio y con los aros y hebillas de las fiestas grandes.

El forastero era de noble y altiva faz, ojos brillantes, sin bigotes, las patillas en chuleta, los modales medidos y cultos, el traje entre militar y paisano, galones o bordado sin lustre, chafados, asomaban por el cuello del poncho de paño azul que caía hasta las botas altas y con espolines.

El buen cura aunque murmuraba sus oraciones y ponía la sal o el óleo al neófito, no apartaba la vista del extranjero como atraído por prestigio incógnito de manera que al verter el agua, invocando a la Santísima Trinidad, la dejó caer sobre el sacristán que se lo advirtió disimuladamente.

Concluido el ministerio, invitó el cura al padrino a prestarse para sentar la partida en el libro. Hecho el encabezamiento con el consabido: yo infrascrito cura y vicario etc., preguntó al forastero:

—¿Su nombre?

—Manuel Belgrano.

Mirada de estupor, indeciso añadió con ansia inexplicable:

—¿Su profesión?

—General del ejército libertador de las provincias del Alto Perú.

El cura se puso en pie, hizo una reverencia profunda, juntó las manos sobre el pecho, alzó con unción los ojos al cielo y murmurando una oración entre dientes, extendió la diestra y puso solemnemente la bendición sobre el forastero.

Entretanto había desaparecido el sacristán. Duró aún algún tiempo el asiento pasando al libro las particularidades sobre el nacido, sus padres y su padrino.

De pronto se echaron a vuelo las campanas como en los grandes días, resonó el órgano tocado con ardor no usado hasta entonces, y al salir del templo cura, padrino y comadre portadora del niño, el pueblo corría por la plaza gritando:

—¡Viva el general Belgrano! ¡Viva! ¡Viva!

Repentinamente se cubrieron las ventanas y puertas, de cañas llevando, a guisa de bandera, pañuelos de yerbas y lienzos de colores, tronaron cohetes y petardos, y se vio descender, bajo el hermoso crepúsculo prolongado por los celajes de oro y púrpura que embellecían el horizonte, centenares de hombres a los gritos de: ¡Viva la patria! ¡Viva Belgrano!

En medio de la muchedumbre ebria de entusiasmo, montó el general de nuevo a caballo, saludó con el sombrero en la mano, estrechó y besó la mano al cura y después del regalo obligado: una pequeña bolsa con tomines y reales, a la comadre, partió al trote largo a juntarse con su ejército que acampaba a tres leguas en el ancho y despejado de la quebrada de Saropalca, corregimiento de Potosí.

INDICE

Julio Lucas Jaimes, tradicionista del Potosí ...	5
De la Casa Real de Moneda y asuntos concomi- tantes	9
Los tesoros de Rocha	21
Vascongados, andaluces y extremeños	40
Grandezas de Potosí	47
La bellísima doncella Floriana	63
La condesita de Asnar	68
La Movediza	72
La Salvadora	81
Recuerdos históricos	88

Se terminó de imprimir
en octubre de 1964
en Talleres Gráficos Cadel S. C. A.
Sarandí 1157 - Buenos Aires



serie del nuevo mundo

EDITORIAL UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES

